

LA HISTORIOGRAFÍA Y EL ESTUDIO DE LOS ORÍGENES INMEDIATOS DE LAS GUERRAS MUNDIALES

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Los orígenes de la Primera Guerra Mundial*. III. *Estudio de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*. IV. *Bibliografía*.

I. INTRODUCCIÓN

Si se considera que la responsabilidad histórica debe ser determinada en relación con aquél que por sus actos ha desencadenado o contribuido a desencadenar el acontecimiento del cual se buscan sus orígenes, parecería una tarea frecuentemente difícil que el historiador logre hacer el análisis de la responsabilidad particular de una guerra por otro método que no sea el de vincular su relato o narración al estudio de las intenciones, a fin de lograr una comprensión de las decisiones, lo cual le permitiría esclarecer el problema de las causas históricas.

En el estudio de los orígenes de las guerras mundiales llega a ser evidente que las fuentes del conocimiento histórico, utilizadas por el historiador, adquieran un sentido diverso según la diferente interpretación realizada por uno u otro de los especialistas. Esto se debe no al hecho de que altere o deforme (o por lo menos no siempre) el documento a través del cual emprenden el conocimiento del hecho histórico, sino más bien porque muy frecuentemente, en el examen global de un acontecimiento, según la diferente óptica elegida, un cierto hecho o documento, que merece ser mencionado porque se juzga necesario para la comprensión del relato, a los ojos de otro especialista en relaciones internacionales, no es tomado en absoluto en consideración, porque se juzga como algo meramente fortuito para la comprensión del mismo problema.

Todo esto hace que parezca como bastante discutible la pretendida tarea del historiador: producir una narración “objetiva” o, si se prefiere, presentar un relato inteligible e imparcial.

Es en esta perspectiva que podría situarse la concepción de Paul Veyne, para quien la historia no podría pretender ser una disciplina científica (la historia posee ciertamente un rigor, pero esto se encuentra en el nivel de la crítica) dado que el número de causas de un acontecimiento llamado histórico, es fraccionado al infinito; esto en virtud de la concepción de la historia como una descripción y que el número de descripciones posibles de un acontecimiento es indefinido.

II. LOS ORÍGENES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El 4 de agosto terminó la larga paz de Bismarck. Había durado más de una generación. Los hombres habían llegado a considerar la paz como algo normal; cuando terminó trataron de encontrar una causa más profunda.¹

1. *Esbozo de las causas remotas*

El estudio de los orígenes de la Primera Guerra Mundial debe llevarse a cabo según la “responsabilidad” que corresponde a cada estadista por los actos que, de una manera u otra, contribuyeron al desencadenamiento de la guerra; no le es permitido al historiador, según Sidney Bradshaw Fay, hablar de “culpabilidad” de la guerra, ya que “ningún personaje en el poder fue culpable de haber actuado deliberadamente a fin de desencadenar una guerra europea general”.²

La consecuencia inmediata de la afirmación precedente, hace que sea necesario el rechazo de la tesis de Versalles, según la cual la guerra habría sido premeditada por las potencias centrales con la asistencia de sus aliados, Turquía y Bulgaria; esta tesis (la tesis de los vencedores), se fundaba principalmente en la publicación de varios documentos que los gobiernos presentaron ante la Conferencia de Versalles. Sin embargo, el historiador no podría considerarlos como prueba legítima para atribuir la responsabilidad absoluta y exclusiva a Alemania, ya que dichos documentos fueron falsificados, o alterados, o más aún, se llegó hasta suprimir

1 Taylor, A. J. P., *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford, Oxford University Press, 1957, p. 526.

2 Fay, Sidney Bradshaw, *Les origines de la Guerre Mondiale*, trad. Charles Jacob, París, Les Editions Rieder, 1930 (manuels d'histoire moderne), vol. I, p. 20.

telegramas y documentos importantes para que se llegara a la convicción de que habían sido Alemania y Austria-Hungría quienes premeditaron la guerra y por tanto, los únicos responsables.³

A medida que empezaban a aparecer otras memorias y documentos, como la publicación de los famosos “Documentos Kautsky”,⁴ el historiador se daba cuenta de que si Alemania al principio hizo gran presión sobre Austria-Hungría para que atacara a Serbia, cambió su actitud al otro extremo en el momento en que se dio cuenta de que el conflicto austro-serbio ya no era posible, o por lo menos era muy dudoso, que quedara “limitado” a la región en conflicto. La publicación de tales documentos es prueba, según Fay, “...de que la concepción según la cual Alemania deliberadamente habría conjurado la guerra mundial es un puro mito”.⁵

Si la responsabilidad de la crisis de 1914 ya ha quedado definida no como responsabilidad individual sino colectiva, o más bien como una responsabilidad compartida, se trata ahora de analizar y determinar la proporción de responsabilidad que corresponde a cada uno de los Estados en cuestión.

Con el fin de llevar a cabo esta tarea, Fay se ve obligado a hacer una distinción entre las causas inmediatas de la guerra —éstas podrían situarse entre la fecha del asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo, el 28 de junio, hasta el momento en que estalló la guerra, el 4 de agosto, entre Alemania e Inglaterra—, y lo que él llama las causas profundas de la guerra, aún más complejas; la distinción se justifica en virtud de que la responsabilidad de las causas profundas no coincide siempre con la responsabilidad de las causas inmediatas.⁶

Fay, en su obra, concibe las causas profundas de la guerra en número de cinco: 1. El militarismo; 2. El nacionalismo; 3. El imperialismo económico; 4. La prensa, y 5. El sistema de alianzas secretas (ésta última se considera como una de las más importantes).

El *militarismo* como mecanismo de manutención de los principales ejércitos y marinas, implica “...la existencia de una clase pudiente de oficiales del ejército y de la marina, encabezada por un Estado Mayor-Gener-

3 *Idem*, pp. 21-25.

4 Karl Kautsky, secretario de Estado adjunto ante el Ministerio de Relaciones Exteriores, publicó todos los documentos que se encontraban en el Ministerio y que, según Fay, permiten “determinar con gran precisión hasta qué punto exactamente un alto funcionario alemán estaba informado en el momento de tomar una decisión”, *idem*, p. 26.

5 *Idem*, p. 27.

6 *Idem*, p. 19.

ral el cual, especialmente en tiempos de crisis política, tiende a dominar los poderes civiles”.⁷ Esta característica del militarismo se agudizó en los países de Austria-Hungría, de Alemania y de Rusia.⁸

En cuanto al *nacionalismo* —y aunque este fenómeno, según Fay, es un aspecto positivo como fue el caso de la unificación de Alemania e Italia—, tiene también un aspecto virulento (o negativo) que se manifestó durante las crisis balcánicas.⁹ “El antagonismo entre Austria-Hungría y Serbia se agravó por la anexión de Bosnia y Herzegovina por Austria, la creación de Albania y, por último, el movimiento serbio a favor de una unidad nacional en perjuicio de Austria”.¹⁰

El gobierno austro-húngaro consideraba el nacionalismo serbio como un peligro para la conservación de la doble monarquía: “si Serbia se apoderaba de Bosnia, el paso siguiente sería el de tratar de unir a los croatas, los dálmatas y los eslovenos... Esto alentaría a las demás nacionalidades bajo el dominio de los Habsburgo: rumanos, checos y eslovacos, a reconquistar su libertad. Y esto significaría: *finis austriacae*”.¹¹

La situación de violenta agitación nacionalista en vista de la creación de una “Grande Serbia”, por lo demás secretamente estimulada por el gobierno ruso, culminaría un día con el asesinato del archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo.¹²

Aunque Fay reconoce que el imperialismo económico y su lucha por conseguir nuevos mercados hizo que las grandes potencias europeas en 1914 desearan todavía un número creciente de colonias, no es de la opinión que tal causa hubiera podido ser tan importante como la de las alianzas secretas, o la del militarismo, u otras; ya que basta considerar, según Fay, la correspondencia diplomática intercambiada durante el periodo de la preguerra para darse cuenta de que los Estados atribuían poca importancia a los conflictos de tipo económico.¹³

El papel que desempeñó la prensa en la opinión pública y las pasiones nacionalistas, en particular después del incidente del 28 de junio en Sarajevo, está considerado por Sidney Bradshaw Fay como una de las causas profundas (o remotas) de la Primera Guerra, ya que, según este autor, los gobier-

7 *Idem*, p. 53.

8 *Idem*, p. 57.

9 *Idem*, pp. 57 y 58.

10 *Idem*, p. 325.

11 *Idem*, p. 329.

12 *Idem*, p. 366.

13 *Idem*, pp. 58 a 60.

nos de Austria-Hungría y de Serbia, no hicieron nada para impedir los ataques de un país al otro a través de los diferentes periodos; aun más, contaron con su autorización, produciendo, como consecuencia de los ataques de la prensa de Serbia, que el conde Tisza, presidente del Consejo de Ministros de Hungría, se decidiera finalmente a aceptar una guerra con Serbia.

Esta afirmación no implica que, de no haber tenido lugar el conflicto de la prensa, la guerra habría podido ser evitada; pero se podría afirmar con exactitud que éste fue “uno de los factores determinantes” para la decisión tomada por el conde Tisza; decisión importante, dado que permitiría al conde Berchtold, presidente del Consejo de Ministros de Austria, emprender la guerra contra Serbia.¹⁴

Entre las diferentes causas profundas mencionadas por Fay, se encuentra sin duda *el sistema de alianzas secretas* elaborado después de la guerra Franco-Prusiana (1879), que desempeña según este autor, un papel preponderante entre los orígenes remotos de la Primera Guerra.

Este sistema de alianzas produce una división en Europa en dos grupos de potencias antagónicas: la Triple Alianza y la Triple *Entente*.

La creación de este nuevo orden en las relaciones internacionales tuvo como consecuencia que el interés particular de un Estado se convirtiera también en interés de las potencias aliadas y por consiguiente, un interés que habría de proteger en virtud, no de un perjuicio o provecho directo causado a los otros Estados, sino en virtud de la misma alianza.

De este modo, pues, Alemania se veía frecuentemente obligada a apoyar a Austria-Hungría en sus acciones político balcánicas; de otro modo, efectivamente Alemania habría temido perder el único aliado seguro con el que contaba enteramente. Igualmente, Francia no tenía ningún interés político directo en los Balcanes..., pero se sentía obligada a apoyar a Rusia, ya que de no haber sido así, peligraba la existencia de la Doble Alianza, la destrucción del equilibrio de fuerzas y se habrían perdido las mejores garantías de seguridad de Francia contra un ataque alemán.¹⁵

Como ejemplos de los acuerdos secretos (en su totalidad o en forma parcial) podemos mencionar:

El acuerdo de Reichstadt de 1876, entre el zar Alejandro, el emperador Francisco-José y Bismarck, que preveía, entre otras cosas, la anexión,

14 *Idem*, pp. 60 a 62.

15 *Idem*, p. 48.

por parte de Austria, de una parte de Bosnia, en caso de que el Imperio Otomano hubiese sido destruido;

El Tratado de defensa de 1879, que estableció la alianza entre Austria y Alemania;

El Tratado de la Triple Alianza firmado en Viena en 1882, entre Austria, Alemania e Italia;

El Tratado de 1894, base de la Alianza Franco-Rusa.¹⁶

Las alianzas perdieron su carácter originariamente defensivo, y entre los años 1901-1914 se convirtieron en un sistema sobre todo de carácter ofensivo, el cual desde entonces agudizaría el antagonismo entre los países de la Triple Alianza y aquellos de la Triple *Entente*.

Por su parte, Pierre Renouvin, en su obra *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*, considera como algo por demás evidente el hecho de afirmar que durante los años que precedieron la guerra, *el fenómeno del nacionalismo* se había asentado entre los Estados de Europa, aunque según él, este espíritu de movimiento nacionalista no bastaría por sí mismo para poder actuar como causa explicativa de la Guerra Mundial.¹⁷ Sería aún una explicación “de una simplicidad seductora”, aquélla de pretender analizar la *carrera armamentista* como causa directa de la guerra de 1914-1918, ya que el desarrollo de las armas no se explica sino como el resultado de una situación internacional precedente. Renouvin considera bajo este punto de vista, la rivalidad de las armas terrestres (dejando a un lado la rivalidad naval entre Alemania e Inglaterra), estimando pues dicha carrera armamentista más como un efecto que como una causa.¹⁸

En cuanto a la *rivalidad económica* y en especial la disputa sobre mercados entre las potencias europeas y su expansión colonial, no parece tampoco, según Renouvin, una causa suficiente que explique el desencadenamiento de la guerra europea; el argumento que pretende que Alemania habría alcanzado un alto nivel en sus medios de producción y que por consiguiente, habría considerado la guerra como solución para la apertura de nuevos mercados, es un argumento que pudiera tener una base de probabilidad mas nunca de certeza “...La historia necesita pruebas. Aquí faltan”.¹⁹

16 *Idem*, pp. 74, 79, 89 y 121.

17 Renouvin, Pierre, *La Crisis Européenne et la Première Guerre Mondiale*, 4a. éd., Paris, Presses Universitaires de France, 1962 (Peuples et civilisations, XIX), pp. 210 y 211.

18 *Idem*, loc. cit.

19 *Idem*, p. 212.

Todas las causas precedentes, influyeron en la crisis de 1914, sin embargo, el estado crítico de las relaciones internacionales en la época de la preguerra, se explica, según Renouvin, sobre todo por la creación de dos rivalidades precisas que afectaban los intereses de las potencias: La *rivalidad naval* de Alemania y de Inglaterra, y la *rivalidad en los Balcanes entre Rusia y Austro-Hungría* cuyo resultado fue un sistema de alianzas de todo tipo: “...este problema anglo-alemán y el foco balcánico de que-rellas —que no es, en el fondo, sino un aspecto del ‘problema de nacionalidades’— explican y guían durante los diez años de la pre-guerra, la evolución de las relaciones internacionales”.²⁰

2. Los orígenes inmediatos

El archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio Austro-Húngaro, llegó a Bosnia para asistir a las maniobras de los XV y XVI cuerpos del ejército; el 28 de junio de 1914 (fiesta nacional serbia: aniversario de Vidov Dan), durante su visita a la ciudad de Sarajevo, capital de Bosnia, el archiduque y su esposa Sofía, duquesa de Hohenberg, mueren a causa de un atentado cometido por un joven bosniaco, Prinsip,²¹ quien formaba parte de una asociación terrorista conocida bajo el nombre de “Mano Negra”, cuyo objetivo era la unión de todos los serbios.

“La causa ocasional inmediata de la guerra mundial fue el asesinato del Archiduque austriaco en Sarajevo. Si no se hubiere cometido este crimen, no habría tenido lugar, en el verano de 1914, ni la guerra austroserbia ni la guerra mundial”.²²

A. Actitud de Serbia frente al atentado de Sarajevo

Sidney Bradshaw Fay es de la opinión de atribuir al gobierno serbio una gran responsabilidad por negligencia criminal, debido a que los

²⁰ *Idem*, p. 213.

²¹ Fay, *op. cit.*, vol. II, p. 81. A propósito de la visita del archiduque a Serbia el mismo día del aniversario de Vidov Dan, A. J. P. Taylor hace la siguiente observación: “...si un monarca británico hubiese visitado Dublín el día de San Patricio en el cúlmene de la agitación, él también podía haber temido por su vida”, *op. cit.*, p. 520. Esta tesis es, sin embargo, insostenible si compartimos la opinión de Fay, quien afirma que los miembros del complot empezaron a planear el atentado solamente en el momento que supieron que el archiduque habría hecho un viaje a Bosnia, pero sin saber que la visita caería en el mismo día de Vidov Dan. Fay, *op. cit.*, p. 122.

²² *Idem*, p. 53.

miembros del gabinete habían tenido conocimiento, con casi un mes de anterioridad, del complot que se fraguaba en contra del archiduque y no tomaron ninguna medida precautoria efectiva que impidiese la realización del proyecto. El gobierno serbio, además, dejaría pasar a Bosnia a los miembros del complot sin emprender ninguna gestión que exigiera la dimisión del coronel Dragutin Dimitrijévitch, oficial del Estado Mayor General Serbio y uno de los principales organizadores de la “Mano Negra”.²³

La opinión de Fay en lo que se refiere a la responsabilidad por parte del gobierno de Serbia, está apoyada principalmente en el relato que hizo el ministro de Educación en el gabinete de Pashich, Ljuba Jovanovitch, quien confirmaría en un artículo publicado en 1924 el conocimiento previo que habría tenido el gabinete serbio sobre el complot que se tramaba para asesinar al archiduque,²⁴ y la falta de medidas efectivas por parte del gabinete para disolver dicha conspiración.

Es necesario hacer notar, que por el término “negligencia criminal” utilizado por Fay, se entiende hacer referencia también al hecho de que el gobierno de Serbia no previniera a las autoridades austriacas respecto de los proyectos que contra el archiduque se habían realizado.

Acceptamos, dice Fay, que el 5 de junio del año en cuestión, Ljuba Jovanovitch, ministro serbio en Viena, hizo una advertencia a Bilinski, ministro de Finanzas de Austria-Hungría (encargado también de la administración de Bosnia Herzegovina) únicamente sobre la posibilidad de que durante la visita del archiduque a Serbia se produjera una falta de lealtad entre las tropas, pero sin hacer alusión a la posibilidad de un asesinato. Es por ello que no debe sorprendernos el hecho de que Bilinski presentara tan poca atención a dicha advertencia.²⁵

Para Pierre Renouvin, la complicidad directa del gobierno serbio en el atentado de Sarajevo queda excluida como factor a tomar en cuenta, por lo que a la responsabilidad en la guerra concierne.²⁶ El poder que ejercía Dimitrijévitch y su grupo en la armada era tal, que incluso si Dimitrijévitch hubiera estado en lucha abierta con el ministro del Interior, este último no habría podido tomar ninguna medida en contra del primero

23 *Idem*, pp. 57 y ss.

24 La noticia considerada por Fay como la “revelación más sensacional” ha sido consagrada en el artículo de Jovanovitch, L., “Después de Vidov Dan, 1914”, *Le sang du Slavisme*. Fay, por lo demás, considera la relación del ministro: “...en sustancia exacta y fidedigna”.

25 Fay, *op. cit.*, vol. II, p. 148.

26 Renouvin, *Les origines immédiates de la Guerre — 28 juin-4 août 1914—*, 2a. ed., París, Alfred Costes Editeur, 1927, p. 35.

ni de su grupo. Además, así quedaría fuera de duda la complicidad de este personaje del Estado Mayor en los eventos del 28 de junio de 1914; esto no implica forzosamente la afirmación de que el gobierno de Serbia hubiera tomado parte en lo que se refiere a la preparación del atentado, pues según Renouvin no existe ningún documento que pueda permitirnos llegar a una conclusión parecida.²⁷

Ahora bien, si el gobierno serbio no tomó parte en la preparación del complot, queda por saber si ignoraba también el proyecto. A este respecto, Renouvin acepta, aunque con una mayor circunspección, el relato de Ljuba Jovanovitch.²⁸

Renouvin piensa que desde el momento en que no se tiene un documento que permita al historiador contradecir o desmentir esta relación del ministro del Interior, es necesario darle crédito y aceptar que los medios oficiales serbios se encontraban efectivamente informados sobre el complot.²⁹ Sin embargo, si los miembros de la conspiración que provenían de Belgrado pasaron la frontera, fue debido a que, a pesar de las instrucciones dadas por el gobierno serbio en el sentido de arrestarlos, los guardias fronterizos, eran ellos mismos y, siempre según el relato de Jovanovitch, miembros activos de la organización de la “Mano Negra”. Es debido a ello que Renouvin no encuentra falta en contra del gabinete, ya que el gobierno de Pashich era impotente para hacerse obedecer por una sociedad secreta.³⁰

Por lo que respecta al problema de saber si el gobierno de Serbia advirtió al gobierno de Austria-Hungría del peligro que representaba el viaje del archiduque a Bosnia, Renouvin retiene un hecho significativo entre toda una serie de contradicciones: el ministro de Serbia, actuando en nombre personal, trató de que se anulara el viaje del archiduque; sin embargo, no dio una información precisa ni indicó la existencia de un complot.³¹ De todas formas es bastante probable que incluso si se hubiere dado una información más precisa sobre el riesgo que representaba el viaje a los dirigentes del Estado austriaco, esto no habría sido suficiente para

27 *Idem*, p. 29.

28 Renouvin opina que el hecho de que Ljuba Jovanovitch, miembro importante del partido radical, se opusiera a la política de Pashich y que para 1926 hubiera sido ya expulsado del partido, pudo influir en las declaraciones, *loc. cit.*

29 *Loc. cit.*

30 *Idem*, p. 30.

31 *Idem*, p. 33.

hacer cambiar de idea al gabinete austriaco, en virtud de que ello hubiera implicado el reconocimiento del temor que les inspiraba el movimiento nacionalista.

Por otra parte, el Servicio de Información del Estado Mayor austriaco, era de una gran eficiencia y es casi seguro que se encontraba ya en posesión de una información todavía más compleja sobre las actividades de las organizaciones nacionalistas serbias.³²

B. *Las conversaciones de Postdam el 5 y 6 de julio*

El pretendido “Consejo de la Corona” presidido por el káiser Guillermo II, celebrado en Postdam el 5 de julio y en donde Alemania habría revelado sus proyectos con objeto de precipitar la guerra, es considerado por Fay y por Renouvin como una leyenda sin fundamento, como un simple mito, por estar comprobado que el relato hecho por Morgenthau, embajador de Estados Unidos en Constantinopla (relato que tuvo mucha publicidad y al cual se debe la construcción de dicha leyenda), está en flagrante contradicción con los hechos.

Por una parte se ha comprobado que muchos de los principales personajes que Morgenthau afirmaba, se encontraban en el famoso “Consejo”, estaban ausentes del lugar indicado para esa fecha.

Por otra parte, ninguna de las investigaciones llevadas a cabo en los archivos del Departamento de Estado en Washington, ha permitido encontrar ninguna nota o telegrama relatando la conversación del barón Wagenheim, embajador de Alemania en Constantinopla, con Morgenthau. Renouvin, además, pone también en evidencia que Wagenheim, incluso no se encontraba ni en Berlín ni en Postdam el día del pretendido Consejo.³³

A pesar pues de que el Consejo del 5 de julio se haya revelado ya en la historia como un mito, los días 5 y 6 de julio siguen considerándose como de una importancia extrema, debido a que en estas fechas, podemos decir, se constituiría la estrategia política de las potencias centrales.

El relato hecho por el conde Szogyeny, embajador de Austria-Hungría en Berlín, en el que narra su entrevista con el emperador Guillermo II en Postdam (lugar en donde Szogyeny había remitido el mensaje del

32 *Loc. cit.*

33 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 149-162. Renouvin, *op. cit.*, pp. 44-47.

emperador Francisco José sobre la idea de una guerra inmediata en contra de Serbia), nos permiten apreciar en qué forma el gobierno de Berlín, al pronunciarse por la política de la acción inmediata, había comprometido a su aliado a actuar prometiéndole su completo apoyo.³⁴

La conclusión de Renouvin al respecto es que, incluso si la guerra no formaba parte del programa del 5 de julio, ésta pudo ser su consecuencia directa y fue el gran riesgo que aceptaron correr las potencias centrales. Además, la adhesión que el gobierno alemán dio a la política austriaca (la guerra contra Serbia) constituye, para este mismo autor, el hecho decisivo en el desencadenamiento de la guerra debido a que, sin esta adhesión, el gabinete de Viena no habría podido realizar sus proyectos.³⁵

S. B. Fay, en oposición, no es de la opinión de dar un crédito total al relato hecho por el conde Szogyeny, sobre todo en lo que se refiere al “cheque en blanco” dado por el gobierno alemán al gobierno de su aliado. Él considera necesario tomar también en consideración el relato hecho por Bethmann-Hollweg, canciller del Imperio Alemán.

Mientras que, según el telegrama de Szogyeny, el káiser y el canciller alentarían al gobierno de Austria-Hungría a que tomara una decisión radical e inmediata en contra de Serbia, el telegrama de Bethmann-Hollewg a Tschirisky, embajador de Alemania en Viena, por el cual le comunica los resultados de las entrevistas de Postdam, muestra sólo que la decisión oficial del gobierno alemán era la de continuar actuando como un aliado, pero dejando a Austria-Hungría la libertad de tomar, en conformidad con sus propios intereses, una decisión. Szogyeny, entonces habría simplemente “sobrexagerado” la aprobación dada por Berlín.³⁶

Sin embargo es necesario hacer notar que, a pesar de lo dicho anteriormente, Fay acepta la responsabilidad por parte del gobierno de Berlín, en el sentido de que al otorgar al gobierno de Austria-Hungría libertad de acción, el káiser y sus consejeros cometieron la falta grave de dejar los acontecimientos fuera de todo control, en las manos de un hombre poco escrupuloso como lo era el conde Berchtold.³⁷

34 Renouvin, *Les origines...*, cit., p. 43.

35 *Idem*, p. 300.

36 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 180-181 y 189-190. El carácter exagerado de esta relación es, según Fay, consecuencia de la edad avanzada de Szogyeny, y por tanto causa del informe inexacto de las conversaciones (193).

37 *Idem*, p. 196.

C. *El ultimátum de Austria-Hungría y el nivel del conocimiento previo por el gobierno alemán*

El 23 de julio de 1914, el gobierno de Austria-Hungría dirigiría al gobierno de Serbia un ultimátum que habría sido deliberadamente redactado de tal manera para que no existiera posibilidad de ser admitido por el gabinete de Pashich.³⁸

Es claro que Alemania no participaría en la redacción misma de las cláusulas del ultimátum austriaco; sin embargo, podemos decir con exactitud que estuvo muy al corriente de la nota y que para el 18 de julio conocía ya, *grosso modo*, las más importantes, de entre las peticiones que se formulaban.

Jagow, secretario alemán de Asuntos Exteriores, recibiría el texto completo del ultimátum al mediodía del 22 de julio, es decir, 24 horas antes de su presentación por el ministro austriaco a las autoridades de Belgrado.

Este espacio de tiempo de 24 horas es visto por Fay, como un plazo dentro del cual habría sido virtualmente imposible para el gobierno de Alemania llegar a un acuerdo en el sentido de modificar el texto. Dicho autor sostiene también que incluso en la hipótesis de que Bethmann-Hollweg y Jagow hubieran contado con un plazo de tiempo mayor, es difícil pensar que lo hubieran modificado: "...la conclusión de Bethmann y de Jagow fue que, mientras más mostraran ellos una actitud enérgica en sostener a Austria, más probabilidades habría de lograr una *localización* del conflicto y de impedir que Rusia y otras potencias intervinieran".³⁹

Sobre este aspecto del problema, la versión que nos proporciona Renouvin resulta un poco diversa.

Este autor sostiene la tesis de que en caso de que el gobierno de Bethmann hubiera querido hacer alguna modificación al texto del ultimátum, esto habría podido realizarse en ese mismo plazo de tan sólo 24 horas.

Sin embargo, y esto es aún más importante, este autor considera también que en la redacción del ultimátum hubo, por parte del gobierno alemán, una influencia mucho más directa. Esta influencia sería ejercida a

38 Renouvin, *Les origines...*, cit., pp. 234-237. Fay, *op. cit.*, vol. II, p. 460. "Si por un azar Serbia hubiese cedido, el conde Berchtold habría quedado decepcionado, y habría aplicado las cláusulas con intransigente rigor; la guerra con Serbia fue provocada y deseada", Renouvin, *op. cit.*, pp. 64 y 65.

39 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 232 y 233.

través del papel de “instigador” jugado por Tschrisky, embajador alemán en Viena, quien incitaría al gobierno de Berchtold, en conformidad con las instrucciones recibidas por su gobierno o bien de su propia iniciativa, a actuar con una gran energía. Sea como fuere, dicha influencia fue ejercida en nombre de Alemania.⁴⁰

D. *La respuesta del gobierno de Serbia*

De acuerdo a las exigencias contenidas en el ultimátum, Serbia debía manifestar su conformidad a todas las cláusulas de la nota, dentro de un plazo de 48 horas.

Pocos minutos antes de que expirara el plazo, Pashich remitía a la Embajada austriaca la nota de contestación, cuyo tono era, por lo que a la forma se refiere, muy amable y conciliador.

El gobierno serbio en forma definitiva rechazaba el punto número seis del ultimátum, es decir, aquél que hacía referencia a la participación de delegados austro-húngaros en la investigación judicial; se argumentaba que ello implicaría una violación no sólo a la Constitución serbia sino también a la propia soberanía.

Por lo que toca al resto de las exigencias del ultimátum, puede decirse que aunque en “apariencia” fueron aceptadas todas ellas, a algunas se respondió, según Fay, en forma evasiva y bajo ciertas reservas.

De cualquier forma, e incluso si se considera la respuesta de Serbia más conciliante en la forma que en el fondo, esto no implica que sea posible aceptar el argumento austriaco —que consistía en alegar que la respuesta serbia no otorgaba una seria y sincera garantía— para justificar su rechazo de aceptar como satisfactoria la contestación de Serbia y declarar la ruptura de relaciones diplomáticas.

En realidad lo que el gobierno de Austria pretendía, ni más ni menos, era buscar un buen pretexto para poder destruir a Serbia a través del recurso al uso de la fuerza bélica.⁴¹

40 Renouvin, *Les origines...*, cit., pp. 60-68. La opinión de Renouvin sobre el papel de Tschrisky se basa principalmente en las declaraciones hechas por el conde Berchtold en el “Neue Freie Presse” del 28 de septiembre y 5 de octubre de 1919, donde afirma lo siguiente: “Nunca habríamos actuado de tal manera si Alemania no nos hubiera empujado”.

41 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 286-296. No hay que olvidar que Serbia, al responder, aceptaba someter los puntos contenciosos ante el Tribunal de Arbitraje de La Haya, en caso de que Austria-Hungría no quedara satisfecha.

Para el profesor Renouvin la polémica sobre la razón que tendría Austro-Hungría sobre tal o cual punto de su ultimátum, o bien la posible razón de Serbia en lo que respecta a tal o cual otro punto, viene a ser carente de toda importancia, si se analiza de acuerdo con una visión retrospectiva, ya que “...aquello que es preciso no perder de vista es la impresión que la nota de Serbia dejó en la mente de sus contemporáneos: todos ellos quedaron asombrados por la moderación de la respuesta; todos ellos quedaron atónitos por la intransigencia del conde Berchtold”. Así pensaba el propio Guillermo II y la opinión de su canciller no era nada diferente.⁴²

E. *Conferencia de embajadores como tentativa de conciliación y el papel de Alemania*

Una vez que fueron rotas las relaciones diplomáticas entre Austro-Hungría y Serbia, las grandes potencias comenzaron a realizar una serie de proposiciones para llegar a un arreglo pacífico de la controversia, con el fin de evitar la continuación de la crisis y su transformación en un conflicto armado.

Entre las diversas propuestas encaminadas a mantener la paz es conveniente retener como bastante significativa una de las varias que promovió la Gran Bretaña: su propuesta para llevar a cabo una conferencia de embajadores.

Concibiendo a Inglaterra como una potencia carente de interés directo en los Balcanes y teniendo en cuenta que tampoco había concluido ninguna alianza oficial, ya sea con los países de la “Entente”, como con los de la “Triple Alianza”, era entonces explicable que Inglaterra fuera considerada como el país que poseía la llave de la situación. Esta convicción era cierta, en la medida en que Alemania buscaba la declaración de neutralidad de Inglaterra, en el caso de que un conflicto armado pudiera llegar a suscitarse; Francia y Rusia por su parte, perseguían una declaración formal de Inglaterra, por la cual se comprometiera a estar de parte de ellos para el caso de que estallara una conflagración general.

Sir Edward Grey, ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, propuso el 26 de julio, que se realizara una conferencia de embajadores de los países de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra, con el fin de tratar de que se encontrara una solución al conflicto.

42 Renouvin, *Les origines...*, cit., p. 92.

Francia e Italia otorgaron su consentimiento, lo mismo que Rusia, aun cuando esta última quería primeramente conseguir sus “conversaciones directas” con Austria-Hungría (pláticas que de cualquier forma se revelarían más tarde como inoperantes, como consecuencia de la resolución obstinada de Berchtold de llevar adelante, bajo cualquier eventualidad, su plan de acción militar).

Por otro lado, el gobierno de Alemania decidió rechazar inequívocamente la propuesta de Sir Grey. Este rechazo se explica, según Fay, por el hecho de que Alemania temía encontrarse inevitablemente abandonada para representar los intereses de Austria en el seno de la Conferencia, ya que Italia se colocaría del lado de la “Triple Entente” en vez de colocarse del lado de sus aliados oficiales;⁴³ y esto como consecuencia primordialmente de las ambiciones italianas en los Balcanes, ambiciones que serían contrarias a las de Austria-Hungría.

Este rechazo a la conferencia de embajadores por parte de Alemania es interpretado de forma diferente a la de Fay por el profesor Renouvin, para quien la actitud de Italia dentro de la Conferencia no habría sido necesariamente desfavorable al punto de vista austro-alemán.

Por medio de dicha conferencia, Austria podría haber obtenido un éxito diplomático y no un éxito militar; pero la propuesta de la Gran Bretaña se encontraba, según Renouvin, “en oposición directa con la política alemana que pretendía prohibir a las potencias toda injerencia en la querrela abierta entre Viena y Belgrado”.⁴⁴

Al día siguiente del rechazo del gobierno de Alemania a la conferencia de embajadores, el canciller alemán Bethmann-Hollweg (gracias a la sugerencia hecha al gobierno de Berlín por el ministro de Relaciones Exteriores inglés sir Edward Grey) se decidió a actuar como mediador, ejerciendo su influencia en Viena con el fin de que se considerara la respuesta serbia al ultimátum, si bien no como un texto del todo satisfactorio, por lo menos sí como una posibilidad para emprender ulteriores negociaciones.

La sinceridad de este intento de mediación por parte de Bethmann-Hollweg ha sido puesto en duda a causa del famoso telegrama del conde Szogyeny, embajador de Austria en Berlín, por el que le comunicaba a

43 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 327 y ss.

44 Renouvin, *Les origines...*, *cit.*, p. 100. La opinión de Renouvin sobre el rechazo de Alemania a la Conferencia se basa en el coloquio entre el ministro italiano de Relaciones Exteriores con el embajador de Alemania, la mañana del 27 de julio, día de tal negativa; durante este coloquio el ministro habría garantizado el apoyo italiano a la política del gobierno alemán, *idem*, pp. 102-104.

Berchtold (la misma tarde del 27) una conversación que él mismo venía de sostener con Jagow, ministro de Relaciones Exteriores de Alemania. El telegrama aconsejaba particularmente al gobierno austro-húngaro de no aceptar la nueva proposición de Inglaterra e incluso de rechazarla categóricamente, proposición ésta que, según Szogyeny, le había sido hecha por Jagow de manera formal y precisa.

S. B. Fay, haciendo notar varias inexactitudes y una general confusión del texto del telegrama, sin por ello negar la autenticidad del mismo, llega a la conclusión de que en el telegrama, Szogyeny se refería no precisamente a la nueva sugerencia de mediación, sino a aquella proposición de una Conferencia de Embajadores, la cual había sido ya completamente rechazada; la edad avanzada y el *surmenage* de Szogyeny, eran para Fay las causas explicativas de la aparente confusión que se habría presentado.

Por otro lado, no pone en duda la sinceridad de Bethmann-Hollweg en su papel de mediador el 27 de julio; si la mediación no fue más enérgica frente a Austria-Hungría fue a causa del temor de provocar con ella una ofensa grave a la “Alianza”.⁴⁵

Contrariamente a Fay, la veracidad del telegrama de Szogyeny no ha sido puesta en duda por Renouvin, quien, aunque acepta la redacción confusa del mismo, considera al documento en su conjunto, como estando en conformidad con los acontecimientos, factor por el cual no habría una razón decisiva para pensar en un relato de carácter fantasioso por parte de Szogyeny:

Todo induce a la convicción de que el documento expresa el punto de vista real de la *Wilhelmstrasse* en esta fecha. El documento nos permite afirmar que en la tarde del 27 de julio no había habido por parte de Alemania un cambio de posición sustancial en su política seguida hasta aquí (el famoso *revirement* de Alemania del que hablan los historiadores franceses).⁴⁶

El gobierno de Viena entonces, evitando todo intento de conciliación, pondría a Europa, el 28 de julio, frente a un hecho consumado (un *fait accompli*): el gobierno de Serbia recibía (a las 12:30 h) el telegrama de la *declaración de guerra* enviado por Austria-Hungría.

⁴⁵ Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 348-350.

⁴⁶ Renouvin, *Les origines...*, *cit.*, p. 125. Renouvin nos hace ver igualmente, que si bien era cierto que Szogyeny se había “debilitado” bastante y no era ya muy capaz, no hay que olvidar que Berchtold depositó en él su confianza para llevar a cabo las negociaciones en ese entonces, y que después de todo Jagow habría sido culpable de aceptar tal situación, *idem*, p. 124.

La precipitación del gobierno austriaco al emitir esta declaración de *guerra*, hacía que se creara, a nivel de las relaciones internacionales, una situación que aumentaba considerablemente los riesgos de una conflagración europea.

Algunas horas antes de que la noticia de esta declaración hubiera sido dada a conocer en Berlín, el káiser Guillermo II hizo una proposición con objeto de mantener la paz: el “*Halte a Belgrade*”.

No será sino a partir de esta iniciativa, que podrá estimarse, según Renouvin, que existe un punto de partida para hablar del *revirement* de Alemania y de una verdadera proposición con objeto de llegar a una solución pacífica de la controversia.⁴⁷

Es ya de regreso a Alemania cuando el káiser conocería apenas el texto de la respuesta serbia al ultimátum; azorado por el tono conciliador del mismo, expresó que con ello Viena había logrado un gran éxito moral y que por lo tanto todo motivo de guerra quedaba con ello excluido.

Sin embargo, Guillermo II propondría que el gobierno de Austria-Hungría podría ordenar la ocupación de Belgrado y tomar esta ciudad como garantía de la ejecución de las promesas serbias. Esta proposición sería transmitida a Austria directamente por Bethmann-Hollweg (cuando él ya tenía conocimiento de la *declaración de guerra* hecha a Serbia), quien no se conformaría con transmitir de manera exacta las instrucciones dadas por el káiser. “Se preocupó más por impedir que la odiosa responsabilidad de la guerra recayera sobre Alemania y sobre Austria-Hungría que por impedir la guerra misma”.⁴⁸

Sea como fuere, la tentativa de conciliación daría como resultado un fracaso frente a la actitud intransigente del gobierno austriaco.

La proposición de la ocupación de Belgrado como garantía, obedeció, según Renouvin, no a la preocupación por establecer o mantener la paz por parte de Alemania, sino más bien al temor de que existiese la posibilidad de que Inglaterra se colocase del lado de Rusia y Francia, y que con ello la guerra general se presentase entonces en forma desfavorable para las potencias centrales. Además, esta iniciativa de Guillermo II es vista por Renouvin como insuficiente y tardía: “La proposición llegaría demasiado tarde, ya que el gobierno alemán dejó que su aliado lanzara contra

47 *Idem*, pp. 121-126.

48 Fay, *op. cit.*, vol. II, p. 358.

Serbia una declaración de guerra que provocaría inmediatamente una réplica por parte de San Petesburgo”.⁴⁹

F. *Movilización rusa y conflagración general*

El gobierno ruso había tomado la resolución de proteger la integridad territorial y la integridad política de Serbia frente a la política del gobierno de Austria-Hungría. Es por ello que desde el 25 de julio, después de haber tenido conocimiento del ultimátum, el gobierno del zar tomó la decisión, a raíz del Consejo de Ministros de *Krasnoe Selo*, de proclamar medidas militares de carácter preventivo.

Cuando la noticia de la declaración de guerra hecha a Serbia por parte del gobierno austriaco llegó al conocimiento de las altas autoridades rusas, Sazonov, secretario de Asuntos Exteriores de Rusia, no dudará más sobre el deber de su país de ordenar la movilización de las tropas. El 28 de julio, Sazonov sostendría una conversación con Paleologue, embajador de Francia en Rusia, sobre el problema de dicha movilización rusa.

Fay, apoyándose en un relato hecho en el diario del barón Schilling, jefe de gabinete de la Secretaría de Asuntos Exteriores en Rusia, quien habría tomado nota con precisión de dicha conversación, llegó a la conclusión de que Paleologue había aprobado, “en estos momentos críticos”, la movilización rusa. Este relato de Schilling es considerado por Fay como real y exacto, y por lo tanto en flagrante contradicción con la versión dada al respecto por Paleologue en sus *Memorias*, y que es considerada, siempre por este mismo autor, como “fuertemente dudosa”.⁵⁰

La opinión expresada con anterioridad no será compartida por el profesor Renouvin, para quien: “...Francia no daría una adhesión directa al gobierno ruso, ni ejercería sobre él ningún impulso”.⁵¹

El zar, quien había dado su consentimiento el 29 de julio para que se llevara a cabo una movilización general, como consecuencia principalmente de la presión ejercida por los militares rusos, decidió en esa misma noche del 29 anular dicha decisión.

Se ha hecho notar que el proyecto de movilización general del 29 de julio habría podido implicar una seria repercusión en la evolución de la crisis; sin embargo esto no pudo ser así, debido al hecho de que el pro-

49 Renouvin, *Les origines...*, cit., pp. 126 y 127.

50 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 373-375.

51 Renouvin, *op. cit.*, p. 151. Renouvin no menciona aquí el diario del barón Schilling.

yecto no fue conocido por los Estados sino a partir de las revelaciones hechas en 1917.

La movilización “parcial” de Rusia en contra de Austria sí ejercería, en cambio, una gran influencia para que el conflicto austro-serbio se transformara en un conflicto europeo, pero el motivo indudable por el que se determinara una movilización parcial no sería otro, a los ojos de Renouvin, que la noticia de la declaración de guerra por parte de Austria en contra de Serbia.⁵²

Los representantes del Estado Mayor ruso juzgaban como inconcebible el hecho de que no se diese la orden de movilización general. Desde un punto de vista de la estrategia técnico-militar, anular esta forma de movilización ocasionaba la dislocación de toda la organización militar, en virtud de que la guerra contra Alemania se presentaba ante sus ojos como un hecho absolutamente inevitable.

Después de una grave serie de vacilaciones, el zar accedió el 30 de julio (cerca de las 18 horas) dar su consentimiento definitivo para una movilización general.

Esta decisión (comunicada públicamente en Rusia el día 31) implicaba una responsabilidad inmensurable, debido a que era del conocimiento de todos que una movilización general decretada por una gran potencia, significaba el comienzo de una guerra.⁵³

Por lo que respecta al problema de determinar las posibles influencias que pudieron prevalecer en el espíritu del zar en la toma de su decisión al ordenar la movilización general, tanto Fay como Renouvin concuerdan que fueron las razones de orden técnico-militar el principal factor que influyó en la decisión.⁵⁴

El gobierno de Austria-Hungría, que no había tomado aún medidas de tipo militar importantes sobre la frontera rusa, decidió realizar el 30 de julio una movilización general en respuesta a la movilización parcial rusa sobre la frontera austriaca.

52 Renouvin, *idem*, pp. 146-151.

53 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 401-403. El general Ianushkevich había sugerido igualmente a Sazonov, como otro argumento para presionar al zar, decirle que si no tenía lugar la movilización general, Francia entonces habría considerado que Rusia no cumplía con sus obligaciones de aliado, y al ser contrariada por este hecho, habría dado promesa de neutralidad al káiser y atacaría por consiguiente a Rusia, *idem*, p. 394.

54 *Idem*, pp. 400 y 401. Renouvin, “Les origines de la guerre”, *Le Monde*, 29-VII-1964 y 30-VII-1964.

La declaración austriaca, por lo que respecta a dicha movilización, sería expedida el 31 a las 11:30 horas. El primer día de la movilización se efectuaría el 4 de agosto.

Renouvin sostiene que, aunque la orden de movilización general de Austria haya sido algunas horas posterior a la orden dada en Rusia, en el momento en que el gobierno de Austria-Hungría tomaba dicha resolución no tenía aún ningún conocimiento acerca de la decisión tomada por el zar en el sentido de una movilización general.⁵⁵

Al proclamar la movilización, Berchtold asumiría inmediatamente después una actitud conciliadora, pretendiendo querer preservar la paz. Dicha actitud será, en opinión de Fay, un comportamiento carente de toda sinceridad. Por ello, este autor no está dispuesto a admitir la tesis según la cual se pretende considerar a Austria como dispuesta a ceder en su posición intransigente en el momento mismo en que Alemania declaraba su ultimátum y era proclamada su declaración de guerra.⁵⁶

Desde el momento en que el gobierno de Berlín recibía la noticia de la movilización general rusa, el káiser, después de una conferencia con Bethmann-Hollweg y Moltke, decidiría proclamar “el estado de peligro de guerra” (ciertas medidas preparatorias a la movilización), pero sin que ello implicara de una manera inevitable la movilización, aun y cuando el gobierno alemán preveía ésta dentro de un plazo de 48 horas.

Decir que Alemania, si deseaba realmente la paz, habría debido, al tener conocimiento de la movilización rusa, contentarse con proclamar una contra-movilización, es una tesis que descuida, según la opinión de Fay, dos hechos principales: primeramente, el hecho de que la movilización general contenía, ya en sí, un sentido preciso de declaración de guerra tanto para la autoridad militar como para la autoridad política; segundo, que no hay que olvidar el argumento militar según el cual, en el caso de una guerra, Alemania tenía que enfrentarse a las tropas rusas y francesas en dos frentes, lo que significaba que este país debía hacer su ataque principal, primero contra un país, para inmediatamente después, volverse contra las tropas del otro país.⁵⁷

Poco después de haberse declarado el estado de peligro de guerra, Bethmann decidió enviar dos ultimátum: uno a Rusia con objeto de exigirle la desmovilización inmediata, y otro a Francia por el que se le pedía

55 Renouvin, *Les origines immédiates...*, cit., p. 196.

56 Fay, *op. cit.*, vol. II, pp. 431-436.

57 *Idem*, pp. 434-444.

su eventual neutralidad. El plazo para la respuesta a este doble ultimátum debía llegar a Berlín para el día primero de agosto.

Después de que el gobierno de Berlín recibió, por una parte, la respuesta rusa sobre la imposibilidad de ordenar una contra-movilización a causa de razones de orden técnico, y por otra parte la respuesta del gobierno francés relativa a su decisión de no permanecer neutral, Alemania ordenaría la movilización el día primero de agosto a las 17 horas, declarando, poco después, la guerra a Rusia en el mismo día.

La declaración de guerra de Alemania contra Francia no será hecha sino hasta el 3 de agosto, después de haberse pretendido constatar una serie de actos hostiles por parte de su adversario francés.

Inglaterra, la cual durante toda la crisis no había tomado ningún partido en forma definida, tratando de guardar siempre las “manos libres”, no cambiaría su posición de no comprometerse hasta el día 2 de agosto en que tuvo conocimiento de la invasión a Luxemburgo.

A partir de esta fecha podrá constatar la evolución producida en la política seguida por el gabinete inglés.

La oposición que existiera hasta entonces en el seno del gabinete va a cesar desde el momento en que se conoce para el 3 de agosto la noticia del ultimátum alemán a Bélgica.

El 4 de agosto, Inglaterra enviaba un ultimátum a Alemania exigiéndole el respeto a la neutralidad del territorio belga, del cual Inglaterra era garante. Al final del día, no habiendo obtenido ninguna respuesta a este ultimátum, Inglaterra, Rusia, Francia, Bélgica y Serbia entraban en guerra contra Austria-Hungría y Alemania.

3. *La cuestión de la responsabilidad histórica compartida*

Aunque para el historiador S. B. Fay, Austria, más que ninguna otra potencia, fue responsable del origen inmediato de la guerra —Alemania comparte esta responsabilidad a causa de su apoyo a la política austriaca—, lo que hizo la guerra europea *inevitable* fue la movilización general de Rusia, calificada por este autor como medida precipitada, ya que en ese entonces Alemania se esforzaba por hacer aceptar a Austria-Hungría una proposición de mediación.⁵⁸

Pero si bien es cierto que la movilización general rusa del 30 de julio constituyó una medida mucho más grave, porque provocó una reacción

58 *Idem*, pp. 460-464.

por parte de Alemania, y por consiguiente una movilización de Francia, es falso, por el contrario, según la concepción de Renouvin, afirmar que esta movilización general rusa habría hecho fracasar las últimas esperanzas de negociación, dado que el gobierno de Viena había tomado la decisión de rechazar las proposiciones de mediación, en especial la de “tomar garantías” aun antes de saber la noticia de la movilización general rusa.

Igualmente, este autor no comparte la idea de quienes piensan que la movilización general de Rusia fue el hecho que llevó inevitablemente a la guerra europea, ya que si bien es cierto que la orden de movilización general daba al Estado que la emprendía una apariencia de desear la guerra, como manifestación de una actitud agresiva, según la idea militar de esa época, sin embargo, tal interpretación no podría aplicarse a Rusia ya que Sazonov no había cesado de repetir que la movilización no debía conducir a una declaración de guerra inmediata.⁵⁹

El hecho, que deberá considerarse, según Renouvin, de mayor importancia entre todos los demás, en los orígenes inmediatos de la Primera Guerra, es la declaración de guerra por parte de Austria apoyada por el gobierno alemán.

En julio de 1914 la provocación militar fue determinada por una provocación diplomática: la declaración de guerra de Austria en contra de Serbia constituye el lazo de unión entre una y otra.

Ahora bien, Alemania y Austria y *sólo ellas* quisieron esta provación.⁶⁰

En la importante obra, *Les Buts de Guerre de l'Allemagne Impériale 1914-1918*, considerada de gran valor, el historiador alemán Fritz Fischer afirma que, desde el 5 de julio, Alemania no hizo otra cosa más que empujar a Austria a la guerra, presionando constantemente al gobierno de Viena; sobre todo a través del embajador von Tschirschky, quien fungía como agente de la presión alemana.⁶¹

Alemania, según el profesor F. Fischer, se expuso voluntariamente al peligro de una gran guerra, dado que estaba convencida de que Rusia reaccionaría a la provocación que significaría la redacción del ultimátum

59 Renouvin, *Les origines immédiates...*, cit., pp. 307-411. El mismo considera sinceras las intenciones de negociación de Rusia el 31 de julio (la cual no se oponía a “tomar garantías”) ya que nada consta para poder afirmar lo contrario.

60 *Idem*, p. 314.

61 Fischer, Fritz, *Les Buts de Guerre de l'Allemagne Impériale 1914-1918*, París, Editions de Trévisé, 1970, pp. 65-71, trad. Genevieve Migeon et Henri This, prólogo de Jacques Droz.

austriaco y en ese momento Rusia pasaría a ser el agresor y Alemania impediría que Inglaterra entrara en guerra: todo esto, dice Fischer, era sin duda la idea central de Bethmann-Hollweg. Sería necesario, por consiguiente, que el ultimátum de Austria fuera inaceptable y Alemania presionó sobre este punto, así como sobre la cuestión de dictar el ultimátum lo más pronto posible contra Serbia, con el fin de evitar toda mediación. “Por ello Jagow solicitó con urgencia a Viena, el 25 de julio, por medio del Embajador Szogyeny, que tomara inmediatamente la ofensiva y poner al mundo frente a un hecho consumado”.⁶²

Bethmann-Hollweg, quien no sólo había rechazado hasta el 27 de julio toda proposición de mediación, sino que impulsaba además a Austria hacia la intransigencia, se esforzaba por aparecer como defensor de la paz ante los ojos de Inglaterra, ya que su objetivo era contar con la neutralidad inglesa, y por ello era necesario que Rusia ordenara la movilización general para poder así hacerla pasar como culpable y responsabilizarla del desencadenamiento de la guerra.

Lichnowasky, embajador de Alemania en Londres, comunicó el 29 de julio que Inglaterra no se quedaría al margen de un conflicto en el cual Francia estuviera comprometida; este comunicado trastornó la política de Bethmann-Hollweg, el cual desde el principio de la crisis consideraba la neutralidad inglesa como factor esencial para el logro de sus aspiraciones.

“Más que nunca, lo que mayormente importaba era hacer responsable a Rusia de la conflagración que se perfilaba. Solamente en el caso de que del lado austriaco se considerara también a Rusia como culpable, Alemania tendría la esperanza de que Inglaterra se quedara momentáneamente fuera de una guerra contra Francia”.⁶³

Los esfuerzos que hizo Bethmann-Hollweg el 29 y 30 de julio ante el gobierno de Viena, pidiéndole que no rechazara eventuales negociaciones con Rusia, no constituyen prueba de una intención pacifista por parte de Alemania, ya que lo único que Bethmann-Hollweg quería (después del comunicado de Lichnowsky) era hacer presión sobre Austria para que ésta tuviera una actitud menos agresiva hacia el gobierno ruso, con el fin de hacer recaer en éste la responsabilidad de la guerra.

En la sesión del gabinete prusiano, del 30 de julio, se comprobó que Bethmann-Hollweg, no quiso en realidad salvar la paz al último momento; en dicha sesión, Bethmann-Hollweg persiste en decir que el punto más

62 *Idem*, p. 80.

63 *Idem*, p. 92.

importante es “hacer pasar a Rusia por culpable”,⁶⁴ ya que solamente, así cree Bethmann, que aunque ya no podrá dejar a Inglaterra al margen, sí retardará su intervención y, por otra parte, neutralizaría la oposición de principio del Partido Social-Demócrata dentro de Alemania.

Fritz Fischer no niega el hecho de que todos los gobiernos de los países de Europa comprometidos en la crisis de 1914 tuvieron una parte de responsabilidad, y sin pretender hacer un análisis de la parte que correspondería a cada quien, pronuncia el siguiente juicio sobre la política alemana de 1914: “Alemania, confiada en su superioridad militar, *habiendo querido, deseado y apoyado* la guerra austroserbia, se arriesga conscientemente a un conflicto militar con Francia y Rusia”.

“El gobierno alemán lleva, pues, la parte decisiva de la responsabilidad histórica de la Guerra Mundial”.⁶⁵

Por este motivo, Fischer rechaza la tesis por la cual aparece Alemania obligada a entrar en guerra, y para reafirmar su opinión Fischer cita ciertos documentos que revelan claramente la política alemana; menciona entre otras cosas, la carta del conde Tisza dirigida a Berchtold después de la apertura de hostilidades, donde declara que fue la opinión clara del káiser y del canciller alemán lo que había decidido a Austria-Hungría a entrar en guerra; igualmente, Fischer se refiere a un cierto debate del 14 de agosto de 1917 (debate sobre la necesidad de continuar la guerra), durante el cual el ministro austriaco de Relaciones Exteriores, Czernin, declara que Alemania había exigido la intransigencia del ultimátum.⁶⁶

El argumento que pretende que Alemania habría proyectado premeditadamente una guerra en agosto de 1914, es algo que A. J. P. Taylor considera como una tesis sin fundamentos (en su libro *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918*), dado que Bethmann y Guillermo II no eran capaces de construir una política sólida; más bien, según Taylor, Alemania habría sido conducida a la guerra por Austria-Hungría, pero se habría dejado llevar con su completo consentimiento: “Los alemanes fueron conducidos a la guerra por Austria-Hungría, pero se dejaron llevar complacientemente. Fue muy fácil cooperar con ella; habría sido necesario un estadista para rechazarla.”⁶⁷

64 *Idem*, pp. 93 y 94. El profesor Jacques Droz afirma que la obra del historiador Fritz Fischer “...contribuyó a cambiar este concepto demasiado simplista, pero en el cual se obstinaban muchos intelectuales alemanes, según el cual el fenómeno hitleriano fue una manifestación insólita y antinatural en la historia alemana”, Jacques Droz, en la introducción a la obra de Fritz Fischer, *op. cit.*, p. 12.

65 *Idem*, pp. 99 y 100. Nosotros lo subrayamos.

66 *Idem*, p. 100.

67 Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe*, p. 520.

Taylor hace notar que, aunque Alemania no tomó la decisión de entrar en guerra, en cambio decidió el 6 de julio hacer uso de su potencia superior, ya fuese para ganar una guerra o bien para alcanzar un éxito extraordinario: Guillermo II y Bethmann alentaron a Austria-Hungría a emprender una guerra contra Serbia, arriesgándose a producir las más graves consecuencias. La declaración de guerra a Serbia es, según Taylor, el *acto decisivo* para el análisis de la crisis de 1914: “La Declaración de Guerra austro-húngara en contra de Serbia fue el *acto decisivo*; todo lo demás siguió como consecuencia”.⁶⁸

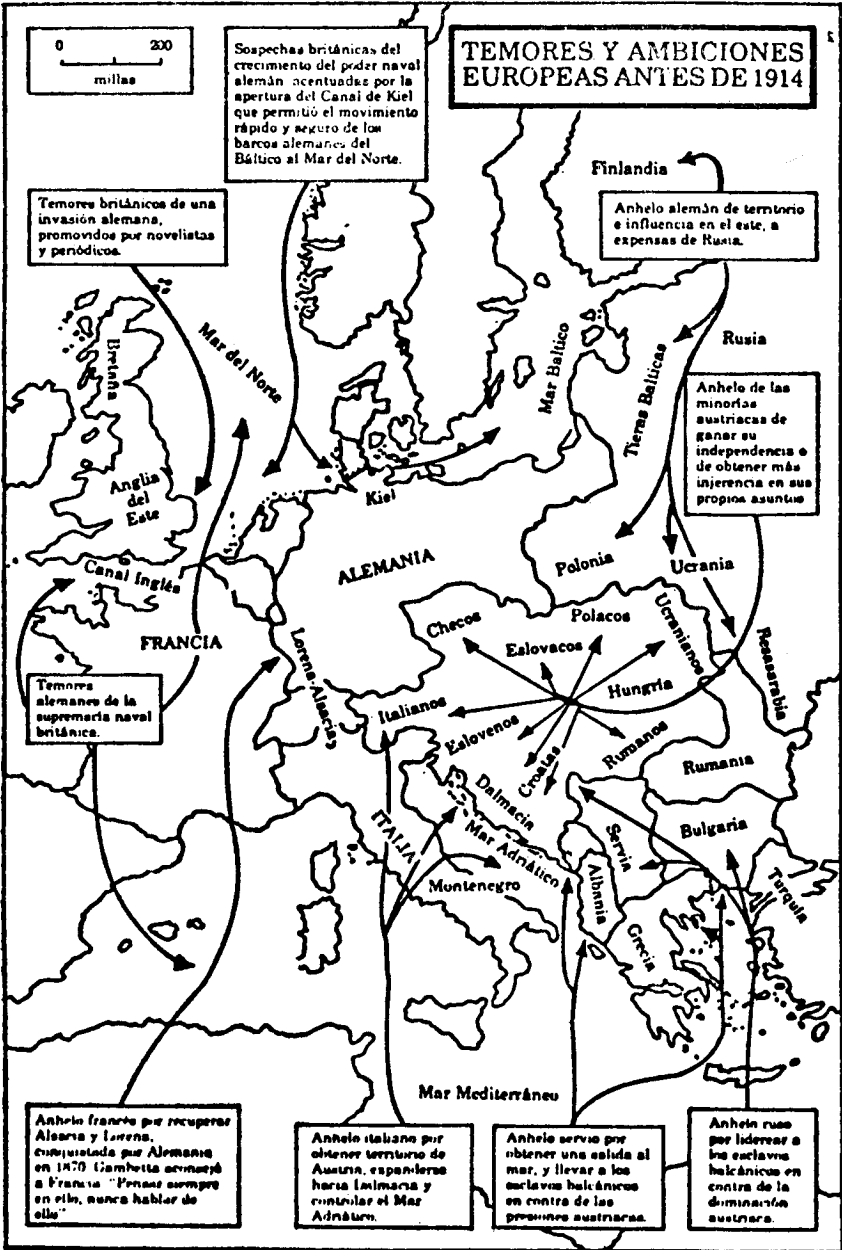
Por otra parte, no considera que exista prueba alguna para afirmar que Poincaré y Viviani hubiesen presionado a Rusia para entrar en guerra si se hubiese podido encontrar una solución pacífica; lo único que hicieron fue enfatizar su lealtad a la Alianza.⁶⁹

En cuanto a la actitud de Inglaterra, A. J. P. Taylor no comparte la opinión de quienes pretenden que, en el caso de que Inglaterra hubiese tomado una actitud más decidida desde el principio, se hubiera evitado probablemente la conflagración mundial. Este autor rechaza tal tesis, ya que considera que, por una parte, el Estado Mayor alemán había elaborado desde hacía tiempo su proyecto para atacar a Francia a través del territorio belga y ninguna amenaza de Inglaterra habría hecho que cambiara su plan, ya que si Bethmann quería una declaración de neutralidad por parte de Inglaterra, no era porque temiera realmente su poder militar sino porque deseaba con ello desanimar a Francia y a Rusia; por otra parte, en el momento en que estos dos países decidieron declarar la guerra a las potencias centrales, no podían contar todavía con la seguridad del apoyo de Inglaterra. Y aun suponiendo que el gabinete inglés no hubiese estado claramente dividido en dos facciones sobre la actitud que habría de tomarse, sir E. Grey no habría podido de todos modos hacer una declaración clara y resuelta, ya que era evidente que la opinión pública en Inglaterra no lo habría permitido.⁷⁰

68 *Idem*, p. 523.

69 *Idem*, p. 525.

70 *Idem*, p. 527.



En 1914, Austria-Hungría se estaba ya debilitando como potencia, mientras que Alemania creía haber llegado al vértice de su poderío; ambas decidieron, dice Taylor, emprender una guerra aun teniendo motivos opuestos para hacerla, y estas dos decisiones en conjunto produjeron una guerra general europea. Por su parte, las potencias de la *Triple Entente* entraron en guerra únicamente para defender sus propios intereses nacionales: Rusia lucha en 1914 con el fin de preservar el libre paso en los estrechos —la vida económica estaba condicionada al respeto del tal derecho—; Francia con el fin de fortalecer la *Triple Entente*, considerando que a través de esta Alianza podía asegurar su supervivencia como gran potencia; Inglaterra con el fin de preservar la independencia de los Estados soberanos, y también, pero no principalmente según Taylor, para alejar el peligro de un dominio alemán sobre el continente.⁷¹

III. ESTUDIO DE LOS ORÍGENES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Hoy en día no es nada fácil escribir sobre una de las Guerras y sus causas sin contraponerla con la otra.

Ambas formaban parte del desarrollo de una crisis mundial.

E. M. ROBERTSON

1. *La herencia de la Primera Guerra y su relación con la Segunda*

Después de la Primera Guerra Mundial, Alemania trató de desviar la propia culpabilidad sobre la acción de las potencias aliadas, tratando de atribuirles una parte de responsabilidad; después de la Segunda Guerra resultó una operación relativamente sencilla desviar la responsabilidad de Alemania sobre el mismo Hitler, y por consiguiente, afirma A. J. P. Taylor (*The Origins of the Second World War*), todo ciudadano alemán podía entonces abogar por su propia inocencia, y si el pueblo alemán había sido

⁷¹ *Loc. cit.*

con anterioridad el principal adversario de la tesis de la “*war-guilty*”, ahora se convertía en su más ferviente abogado.⁷²

Los documentos que constituyen la base de la tesis de Nüremberg han sido considerados por Taylor como documentos muy peligrosos, en cuanto al método que debe seguir un historiador, ya que además de que estos documentos se recopilaron a gran velocidad y sin seguir un orden riguroso, fueron utilizados sobre todo como base para las argumentaciones de los abogados; el procedimiento entre el método propio del historiador es muy diferente de aquél del abogado:

“La meta del abogado es elaborar un caso; el historiador trata de entender una situación... Dada la existencia del Tribunal de las cuatro potencias, la única solución posible era asumir la culpabilidad absoluta por parte de Alemania. El veredicto precedió al Tribunal... claro que los documentos son genuinos. Pero son parciales”.⁷³

La relación entre la Primera y la Segunda Guerra es, según Taylor, bastante profunda, precisamente porque Alemania lucha durante la Segunda, con el fin de invertir el juicio de la Primera y destruir el estado de cosas establecido; mientras que las demás potencias luchan contra Alemania con el fin de defender precisamente tal situación, aunque lo hayan hecho de la manera más inconsciente. El punto sobresaliente acerca del Tratado de Versalles, es que dicho Tratado fue concluido con una Alemania unida. Bastaba que lograra modificarlo o anularlo para que volviera a ser tan potente como lo había sido en 1914; este es el factor decisivo, el resultado del armisticio y del tratado de paz; la Primera Guerra Mundial, dice Taylor, dejó el “problema alemán” sin solución, aún más, lo agudizó. “La Primera explica la Segunda, y de hecho la causó, en la medida en que un evento causa otro”.⁷⁴

La hostilidad de los alemanes al Tratado de Versalles se hacía cada vez más evidente; en particular el problema de las reparaciones provocó una profunda sospecha y gran desconfianza de Alemania hacia las demás

72 Taylor, A. J. P., *The Origins of the Second World War*, London Hamish Hamilton, 1961, p. 12. Para el estudio de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial tomamos principalmente en consideración la obra de A. J. P. Taylor, en virtud de las siguientes razones: *en primer lugar* porque es el libro que mejor expone las fallas, tanto de los protagonistas como del sistema. *En segundo lugar*, porque es la obra que tuvo mayor influencia, sobre la historiografía relativa a los orígenes de la Segunda Guerra Mundial. Steinert, Marlis G., *Les Origines de la Seconde Guerre Mondiale*, France, 1974, p. 13.

73 Taylor, *The Origins of the Second World War*, pp. 13 y 14.

74 *Idem*, p. 19. Ver también páginas 23 a 30.

potencias durante un periodo de trece años, es decir, antes del día en que se decidió poner fin a tales reparaciones durante la conferencia de Lausanne de 1932;⁷⁵ pero el efecto más catastrófico del problema de las reparaciones ya se había producido, afirma Taylor, en la sensibilidad del propio pueblo alemán; Alemania no sólo había perdido la guerra, sino que también una parte de su territorio; además habían sido obligados a desmilitarizarse y a soportar un juicio de culpabilidad de guerra, sintiendo no merecerlo. A toda esta serie de hechos ofensivos se añadía el problema de las reparaciones, cuyo resultado fue que todo problema económico que surgía no era sino la consecuencia, en la opinión general del pueblo, de la obligación de Alemania de pagar por la reparación de todo daño que los vencedores habían decidido imputar arbitrariamente a su país, y poco importaba si esta opinión era o no verosímil. “Las reparaciones eran consideradas como símbolos... Más que ninguna otra cosa, abrieron el camino hacia la Segunda Guerra Mundial”.⁷⁶

Hitler sube al poder como canciller el 30 de enero de 1933, nombrado por el presidente Hindenburg; llega al poder a través de un riguroso camino constitucional, por el solo motivo y única razón de que él y su partido tenían la mayoría en el *Reichstag*. Aunque empieza haciendo muchos cambios en Alemania, tales como el de hacer desaparecer la libertad política, liquidar a los sindicatos, etcétera, hubo una esfera de su actividad en donde no hizo modificaciones: la política de sus predecesores, la cual era virtualmente la del pueblo alemán, es decir, liberar a Alemania de todas las coacciones impuestas por el Tratado de Versalles, rehacer el gran ejército alemán y hacer de Alemania la mayor potencia de Europa por su propio y natural peso.

Sin embargo, según Taylor, escritores de gran renombre consideraron a Hitler como un *system-maker*, uno que premeditadamente preparó una gran guerra para destruir la cultura actual y convertirse a sí mismo en el amo absoluto del mundo entero. “En mi opinión, los estadistas están demasiado absortos en los eventos para poder seguir un plan preconcebido.

75 El Plan Young, aprobado por la Conferencia de La Haya, fijó definitivamente hasta 1988 las anualidades que habría tenido que pagar Alemania en calidad de reparaciones. Duroselle, J. B., *Histoire Diplomatique de 1918 a nos jours*, 5a. ed., París, Dalloz, 1971 (études politiques économiques et sociales), p. 138.

76 Taylor, *The Origins...*, cit., p. 44. Ver también pp. 46-47. El Tratado de Versalles, se constituye también como causa principal de la Segunda Guerra Mundial, en opinión de Alfred Von Wege-
rer en su libro *The Origins of World War II*, Nueva York, 1941, pp. 13-17.

Dan un paso, y el siguiente no es sino su consecuencia. Los sistemas han sido creados por los historiadores, como fue el caso de Napoleón”.⁷⁷

Hitler era, según Taylor, un historiador aficionado, y los sistemas que concebía en sus horas libres no eran más que *day dreams*; *Mein Kampf* fue escrito bajo la influencia de la ocupación francesa de la zona industrial de Ruhr (para obligar a Alemania al pago de las reparaciones) y era natural que soñara en destruir la supremacía de Francia en Europa; su testamento final fue redactado dentro del *bunker*, cuando estaba a punto de suicidarse; no es pues sorprendente, dice Taylor, que lo transformara en una doctrina de destrucción universal; y sólo la ingenuidad académica pretendió ver a través de estas declaraciones al discípulo de Nietzsche, o descubrir en él al émulo de Atila.

En cuanto a principio y doctrina, Hitler no fue más malvado y sin escrúpulos que muchos estadistas contemporáneos. En cuanto a actos terribles, superó a todos [...] Su meta era el cambio, la destrucción del orden europeo existente; su método fue la paciencia.⁷⁸

2. El inicio de la preguerra: El Anschluss austriaco, marzo 1938

Hay una convergencia de opiniones que reconoce que fue Hitler quien provocó los eventos que desencadenaron la guerra de 1939; y que desde el 5 de noviembre de 1937 había ya trazado nítidamente su plan conocido como el famoso “Protocolo Hossbach”, acta de la reunión que tuvo lugar en la Cancillería del Reich, el 5 de noviembre de 1937.⁷⁹

A. J. P. Taylor no está de acuerdo en aceptar que el *memorándum* Hossbach pueda interpretarse como un llamado a la acción de guerra, y cree necesario preguntarse el porqué de esa reunión, donde solamente Hermann Goering —comandante general de la Luftwaffe— era miembro del partido nazi. Si nos preguntamos, dice Taylor, por qué Hitler reveló sus planes ante personajes que se oponían a su política y que muy pronto habrían sido depuestos de sus funciones públicas, la respuesta es fácil: en realidad no reveló ninguna idea íntima, ya que la exposición de su geopo-

77 Taylor, *The Origins...*, cit., p. 69.

78 *Idem*, pp. 69-71.

79 Beaumont, Maurice, *Les Origines de la Deuxième Guerre Mondiale*, París, Payot, 1969 (Etu- des et Documents Payot), p. 246. Duroselle, *op. cit.*, p. 201. El texto del “Protocolo Hossbach” en Steinert, *Les Origines de la Seconde Guerre Mondiale*, pp. 32 y ss.

lítica no era sino una maniobra de política interna con el fin de alejar a Schacht —ministro de Finanzas, contrario a una mayor militarización— de los demás conservadores para que éstos fueran favorables al incremento de las armas.⁸⁰

El *memorándum* en definitiva, solamente nos da a conocer, por una parte, que Hitler como cualquier estadista alemán quería convertir a Alemania en la mayor potencia europea; y por otra parte, nos enseña que Hitler hacía especulaciones, por demás falsas, sobre el modo de lograrlo; pero no hacía verdaderos proyectos para la supuesta conquista del mundo ni para nada parecido; le bastaba aprovechar las oportunidades que se le brindaban a medida que se presentaban los eventos.⁸¹

La elección de Neville Chamberlain como primer ministro de Inglaterra, en mayo de 1937, brindará a Hitler una oportunidad para la realización de su política.⁸²

Chamberlain encarnaba el espíritu pacifista en una Europa que él consideraba amenazada por el peligro comunista, y estaba dispuesto a una revisión total del Tratado de Versalles. Chamberlain, quien estaba convencido de que una nación se volvía pacífica en la medida que se satisfacían sus exigencias, aceptó reconocer que había sido cometida una injusticia contra Alemania, ya que seis millones de alemanes vivían en Austria y les había sido prohibida la unificación nacional por los Tratados de 1919; tres millones de alemanes se encontraban en Checoslovaquia sin que nunca hubiesen sido consultados al respecto; por último, una población de más de tres mil personas que habitaban la ciudad de Dantzig y que claramente eran también de raza alemana.

Las noticias recibidas por Hitler al final de 1937 sobre la actitud de Inglaterra y también sobre la de Francia, con respecto a los problemas relativos a Austria, Checoslovaquia y la ciudad de Dantzig, lo convencieron, según Taylor, de que se enfrentaría a una débil oposición por parte de estos dos Estados en cuanto a las reivindicaciones del gobierno alemán; todo esto sucedía sin que él cambiara su método habitual de aceptar ofrecimientos de los demás, sin que él mismo demandara en particular.⁸³

Cuando Von Papen, embajador alemán en Viena, comunicó a Hitler, el 5 de febrero, que el canciller austriaco, Schuschnigg, deseaba obtener

80 Taylor, *The Origins...*, cit., pp. 130-133.

81 *Idem*, p. 134.

82 *Idem*, p. 184.

83 *Idem*, pp. 134-138.

una entrevista con Hitler, éste, como de costumbre, aprovecha la oportunidad que se le presenta; no había ninguna agresión premeditada de su parte. Taylor no niega el hecho de que durante la entrevista en el “nido de águila”, en Berchtesgaden el 12 de febrero de 1938, Schuschnigg se vio intimidado por Hitler a fin de que el nacionalista Seyss-Inquart fuera nombrado ministro del Interior del Estado austriaco; pero hace notar en cambio, que Schuschnigg recibía lo que él consideraba la concesión vital por parte de Hitler, es decir, la reprobación de las actividades de los nazis-austriacos.⁸⁴

En sentido contrario se encuentra la interpretación de Beaumont y Duroselle: según ellos, Schuschnigg “*acceptó*” la proposición hecha por Hitler para la entrevista y Schuschnigg no solamente fue “intimidado” sino que, más bien, durante la conversación fue sometido a una muy fuerte presión.⁸⁵

El Acuerdo del 12 de febrero no dejaba nada satisfecho a Hitler en cuanto a la política austriaca y, por consiguiente, ordenó a los nazis responsables de las actividades ilegales que salieran de territorio austriaco; no se preparaba para la acción futura, sino que esperaba impasible que se madurara una solución automática. Sin embargo, el 9 de marzo, Schuschnigg anuncia que tendrá lugar un plebiscito el 12 de marzo, con el fin de que el pueblo austriaco decidiera sobre el problema de la independencia de Austria. Todo el mundo, afirma Taylor, estaba consciente de que este acto representaba una abierta provocación a Hitler, y para éste era claro que tenía que reaccionar, con el fin de impedir la humillación del acto provocador. El 11 de marzo Goering telefoneó a Seyss-Inquart para exigir la renuncia de Schuschnigg; el nuevo canciller, Seyss-Inquart, el 12 de marzo dio orden a las tropas alemanas que cruzaran la frontera bajo un entusiasmo general de sus habitantes. Hitler es recibido en Linz —donde había pasado una parte de su juventud— bajo un “delirio de aclamaciones”, y si hasta ese momento había pensado establecer en Viena solamente un gobierno dócil, toma entonces una decisión inesperada: proclamar la adhesión de Austria al Reich. El 10 de abril, por medio de un plebiscito, se obtiene el 99.08% de votos a favor del Anschluss: “un genuino reflejo del sentimiento alemán”.⁸⁶

84 *Idem*, pp. 142 y 143.

85 Duroselle, *op. cit.*, pp. 204 y 205. Beaumont, *op. cit.*, pp. 262 y 263.

86 Taylor, *The Origins...*, *cit.*, p. 149.

Si Hitler había obtenido la primera victoria en el marco de sus ambiciones por la anexión de Austria, ésta la llevó a cabo por un camino muy diferente al que se había propuesto, ya que aunque había pensado en establecer un control sobre Austria, la manera en que la anexó se produjo a través de un incidente “fastidioso”, por efecto de una interrupción en su política a largo plazo. No había hecho preparativos militares o diplomáticos de ninguna especie, y todo se improvisó en un par de días, pero la opinión pública comenzó a creer que todo había sido una obra de un complot y el primer paso premeditado hacia el dominio de toda Europa. “Esta creencia era un mito. La crisis de marzo (1938) fue provocada por Schuschnigg, no por Hitler”.⁸⁷

3. *La crisis checoslovaca*

A pesar de las apariencias, Checoslovaquia era un Estado de nacionalidades y no un Estado nacional, donde solamente los checos eran verdaderos “checoslovacos”, ya que todos los demás constituían sólo minorías nacionales, sin haber estado nunca convencidos de pertenecer al orden jurídico existente; los alemanes que vivían en la región de los Sudetes —3,200,000 aproximadamente— se sentían muy unidos a los austriacos y el Anschluss provocó en ellos una excitación incontrolable; el movimiento nacional alemán en Checoslovaquia, aunque confuso, era sin embargo un hecho evidente y no fue Hitler, según Taylor, quien hizo surgir este movimiento. “Esta crisis en Checoslovaquia fue como mandada a hacer para Hitler. Él aprovechó únicamente la situación”.⁸⁸ Sin duda quería alejar el peligro que podía representar para la hegemonía alemana una Checoslovaquia bien armada, aliada a Francia y la URSS (su eventual ayuda a Checoslovaquia había sido prevista a condición de que Francia lo hiciera antes), pero Hitler no tenía con exactitud, en la primavera de 1938, ninguna idea clara sobre la manera como habría podido evitar dicho peligro.

La crisis empieza a perfilarse durante un congreso del “Partido Alemán de los Sudetes”, el 24 de abril de 1938. Su jefe, Konrad Henlein, elaboró un programa que preveía un gobierno autónomo para los Sudetes.

87 *Loc. cit.* Según la interpretación de Beaumont, el Anschluss fue un acto de violencia. “No provino del interior de Austria, sino del exterior, de Alemania”, *op. cit.*, p. 265.

88 Taylor, *The Origins...*, *cit.*, p. 152. “There was no escape. The French would not operate their alliance with Czechoslovakia; (...) Weakness is infectious. The french were dragging the British down with them”, *idem*, p. 168.

La actitud que tomaron Chamberlain, primer ministro inglés, y Daladier, presidente del Consejo Francés, se limitaba a negociar con el Partido de K. Henlein, con el fin de evitar el riesgo de una conflagración europea.

Chamberlain, resuelto a seguir su política pacifista, comunicó a Hitler durante la entrevista en Berchtesgaden, que en principio no se oponía a la idea de la separación de los Sudetes de Checoslovaquia. El 19 de septiembre Inglaterra y Francia propusieron a Benes, presidente de la República Checoslovaca, que aceptara la integración de los Sudetes a Alemania; pero Benes aceptó dicha proposición sólo después de haber recibido el 21 de septiembre un ultimátum franco-inglés: en caso de que el gobierno checo continuara rechazando la proposición de la “integración”, Francia e Inglaterra retirarían su apoyo a Checoslovaquia.

El 22 de septiembre en su entrevista en Godesberg, Chamberlain se entera con sorpresa de que Hitler no está de acuerdo en aceptar el plan franco-inglés de separación de los Sudetes, y que además se presenta con nuevas exigencias. La explicación que considera Taylor como la más plausible sobre el porqué Hitler rechazó la proposición franco-inglesa, consiste en el hecho de que el ejemplo alemán había empezado a cundir en otros países, como Polonia y Hungría, los cuales empezaban ya a exigir reivindicaciones sobre el territorio de Checoslovaquia; y esto habría provocado con toda probabilidad, un total desmembramiento del territorio checoslovaco. “Alemania se presentaba como conciliador para construir un nuevo orden... Hitler estaba ganando tiempo”.⁸⁹

El 26 de septiembre el *Führer* pronunció un discurso, en el cual proclamó por primera vez, su determinación de ocupar la región de los Sudetes para el primero de octubre; pero el 28 de septiembre Hitler acepta la proposición de Mussolini para una conferencia en Munich entre los jefes de gobierno alemán, francés, inglés e italiano. El acuerdo de Munich, firmado el 29 de septiembre, retrasó la ocupación de los Sudetes del 1o. al 10 de octubre.

Checoslovaquia, lejos de ser un feliz Estado democrático, era, de hecho, como mencionamos anteriormente, un Estado de nacionalidades, creado por iniciativa de los checos y mantenido por su autoridad; una vez quebrantado tal control se inicia el proceso de desintegración, del mismo modo —declara Taylor— como se produjo la muerte de la monarquía de los Habsburgo después de la Primera Guerra. El problema del territorio

89 *Idem*, pp. 179 y 180.

de Eslovaquia con sus exigencias de autonomía se vuelve más apremiante después de la Conferencia de Munich. El presidente del Consejo eslovaco, Tiso, después de haber sido destituido el 10 de marzo por el gobierno de Praga, pide al Reich tomar Eslovaquia bajo su protección; esta nueva crisis toma de sorpresa a Hitler, y al igual que él no había creado el movimiento nacionalista de los eslovacos, de igual manera —nos dice Taylor—, Hitler se limitará una vez más a aprovechar únicamente la ocasión que se le ofrecía; así pues, Alemania se apresuró a “reconocer” la independencia de Eslovaquia.⁹⁰ Para el gobierno de Praga la situación era cada vez más difícil, ya que el ejemplo de la escisión de Eslovaquia cundió también en Moravia y Bohemia con movimientos semejantes.

El presidente Hacha, sucesor de Benes, estadista sin experiencia política, al no encontrar otra solución al problema de su país, solicitó (como lo hizo Schuschnigg precedentemente) una entrevista con Hitler. Al día siguiente Hacha llega a Berlín donde se le recibe con los honores propios de un jefe de Estado; en la entrevista Hitler convence a Hacha de firmar un documento por el cual ponía a su país bajo el protectorado de Alemania; Hacha no vacilará un solo instante ante la amenaza de que, en caso de que se negara, la ciudad de Praga sería inmediatamente bombardeada. El 15 de marzo, pues, se firma el acuerdo que prevé el protectorado de Bohemia y Moravia; y el mismo día (en el curso de la mañana) las tropas alemanas ocupan la ciudad de Praga. La amenaza de bombardear Praga, ha sido considerada por Taylor, como la más fortuita y casual de las improvisaciones de Hitler (en ese entonces la fuerza aérea estaba impedida para realizar vuelos) y en todo caso Hacha no tuvo gran necesidad de ser presionado. “Firmó como se le pidió; y abrigó tan poco rencor, que sirvió como fiel súbdito alemán hasta el final de la guerra”.⁹¹

4. El problema de la ciudad libre de Dantzig: el desencadenamiento de la guerra

Por el Tratado de Versalles, del 28 de junio de 1919, Alemania sufrió modificaciones territoriales en la parte Este del país, en provecho de Polonia; se formó un “corredor” que permitiría a Polonia su acceso al mar, pero por lo mismo quedaba dividida Prusia Oriental del resto de Alema-

⁹⁰ *Idem*, pp. 201 y 202.

⁹¹ *Loc. cit.*

nia; la ciudad de Dantzig, poblada por alemanes, había sido declarada una “ciudad libre”, sometida al control de la Sociedad de Naciones.

La reivindicación del gobierno del Reich sobre la ciudad de Dantzig es, según Taylor, una exigencia bastante justificada; “Dantzig era la más justificada de las demandas alemanas: una ciudad compuesta exclusivamente de alemanes, la cual deseaba expresamente regresar al Reich y a lo que Hitler sólo se resistía con mucha dificultad”.⁹²

El 24 de octubre, Von Ribbentrop, ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, como consecuencia de los incidentes que tuvieron lugar en Polonia con respecto a la población alemana, propuso a Lipski, embajador polaco en Berlín, el retorno de la ciudad libre de Dantzig a Alemania y la construcción de una línea ferroviaria a través del “corredor”; pero el gobierno polaco rechaza esta proposición, como rechazará del mismo modo, la que hizo Hitler al coronel Beck, ministro polaco de Relaciones Exteriores, el 5 de enero de 1939.

Polonia se consideraba a sí misma a la altura de una gran potencia, olvidando que si había obtenido su independencia en 1918 había sido únicamente gracias a la derrota de Alemania y Rusia.⁹³

La actitud obstinada de Polonia, según Taylor, tuvo como consecuencia que no se produjera un acuerdo pacífico en 1939, ya que ahora el problema de Dantzig se convertía en el símbolo de la independencia de Polonia y, en virtud de la alianza anglo-polaca, era también el símbolo de la independencia de Inglaterra.

A pesar de las tentativas hechas por Francia e Inglaterra desde abril de 1939 para obtener una alianza con la Unión Soviética, no se logró llegar a un acuerdo; Polonia era hostil a un pasaje de las tropas rusas por su territorio.

En cuanto a la cuestión de saber si la Unión Soviética no buscaba también sólo un pretexto, a fin de llegar a una negociación futura con el gobierno hitleriano, al reclamar su derecho de paso por territorio polaco (en caso de guerra) como condición previa a la conclusión de un acuerdo, es algo que forma parte del campo de las especulaciones, dado que no poseemos ninguna prueba determinante que pudiera dar una respuesta ca-

⁹² *Idem*, p. 215.

⁹³ *Idem*, pp. 195 y 196. Un hecho que demuestra claramente la política de poder seguida por Polonia y su ministro Beck, es el del ultimátum polaco a Checoslovaquia el 30 de septiembre de 1938, por el cual las tropas polacas entran a Teschen (el 2 de octubre) y conquistan un territorio de 1,000 km². Beaumont, *op. cit.*, pp. 279 y ss.

tegórica. Por el contrario, es cierto que los rusos estaban convencidos de que para ganar una guerra sería absolutamente necesario el pasaje a través de Polonia para obtener la victoria.⁹⁴

Pero si Francia e Inglaterra no lograron obtener el apoyo de la Unión Soviética, Alemania en cambio obtendría un gran éxito al lograr un entendimiento con el gobierno soviético, lo cual llenará de estupor a los demás Estados, al firmar el 23 de agosto con la Unión Soviética el Tratado de No-Agresión y un protocolo secreto que excluía la zona de influencia de Alemania, de los Estados bálticos (Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania) así como de las regiones al Este de Polonia.⁹⁵

El objetivo de Hitler, según Taylor, en relación a su acuerdo con la Unión Soviética, no era sino lograr un éxito semejante al que había obtenido por medio del acuerdo de Munich. Hitler suponía que las demás potencias no entrarían en guerra sin contar con el apoyo de Rusia, y por consiguiente Polonia se vería obligada a ceder. “El pacto no era ni una alianza ni un acuerdo para la par4tición de Polonia. Munich había sido una verdadera alianza para la partición: los ingleses y franceses dictaron la división. Hitler como Stalin creyeron que habían prevenido la guerra, no que la habían causado”.⁹⁶

Desde el 25 en la tarde al 29 de agosto, se verificaron tentativas de negociación sin ningún resultado; el día 25, Hitler comunicó a Sir Neville Henderson, embajador inglés en Berlín, su intención de entenderse con Inglaterra a condición de que ésta convenciera a Polonia de no ser “irracional”; igualmente manda asegurar al presidente francés Daladier, que no tenía ninguna pretensión sobre Alsacia-Lorena; Sir N. Henderson lleva la noche del 28 de agosto la respuesta del gobierno británico, que sugiere que se negocie el problema polaco directamente con el gobierno de Polonia.

El 29 de agosto (a las 7:51 de la noche) Hitler, contrariamente a cuanto había dicho antes acerca de no querer tratar directamente con Polonia, comunica a Sir N. Henderson que estaría dispuesto a negociar directamente con los polacos, bajo condición de que al día siguiente, 30 de agosto, antes de la medianoche, llegará a Berlín un “plenipotenciario” polaco. El gobierno británico manda con retraso la proposición de Hitler al gobierno de

94 Taylor, *The Origins...*, cit., pp. 256 y 257.

95 *Idem*, pp. 258-262. El texto del Pacto de No-Agresión Germano-Soviético del 23 de agosto de 1939, en Steinert, *Les Origins...*, cit., pp. 46 y 47.

96 Taylor, *The Origins...*, cit., pp. 262 y 263.

Varsovia, o sea el 31 de agosto de las 0:25 horas de la mañana. Cuando se informa al coronel Beck de la proposición, éste la rechaza diciendo que no permitirá que un plenipotenciario polaco reciba el mismo trato que había sido reservado al presidente Hacha. En la noche del 30 al 31 de agosto, Von Ribbentrop comunica a Henderson las proposiciones que se habrían formulado al plenipotenciario polaco en el caso de que éste se hubiera presentado: el retorno inmediato del Dantzig y un plebiscito para el “corredor”.⁹⁷

Inglaterra y Francia continúan haciendo todos los esfuerzos posibles para presionar al gobierno polaco a fin de entablar conversaciones directas con Alemania. El 31 de agosto (a las 13 horas), Lipski, embajador polaco en Berlín, solicita una entrevista con Von Ribbentrop. Para entonces, los servicios alemanes habían ya descifrado el telegrama que transmitía las instrucciones del coronel Beck a Lipski: éste no tendría que entrar en ninguna “negociación concreta”. Lipski recibe una llamada telefónica (a las 3 de la tarde) de Weizsacker, ministro alemán de Relaciones Exteriores, preguntándole si vendría provisto de plenos poderes para negociar; Lipski responde que llegaría únicamente en calidad de embajador. Ese mismo día (a las 6:30 de la tarde), Von Ribbentrop recibe a Lipski; Lipski le informa que Polonia está de acuerdo en considerar la proposición británica de negociaciones directas entre su país y Alemania; Ribbentrop se limita a preguntarle si vendría como plenipotenciario y recibe la misma respuesta negativa. Al día siguiente, 1o. de septiembre, las tropas alemanas cruzan la frontera polaca y a las 6 de la mañana empieza el bombardeo sobre la ciudad de Varsovia. El 3 de septiembre, después de haber sido rechazados los ultimátums (Manuel Seco) inglés y francés (a las 11, uno y a las 17 el otro), el Reino Unido y Francia declaran la guerra contra Alemania.

Según Taylor, Hitler no previó ni premeditó de ninguna manera la dominación europea por el Reich alemán, la cual efectivamente parecía realizarse hacia mediados del año de 1942; el hecho de que Alemania no estaba preparada en 1939, en cuanto a armamentos, para llevar a cabo una guerra mundial es, según Taylor, la prueba decisiva de que Hitler no concebía una guerra general y probablemente tampoco ningún tipo de guerra, con excepción de la “guerra de nervios”. “La guerra de 1939, le-

⁹⁷ *Idem*, pp. 272 y 273.

jos de haber sido premeditada, fue un error, el resultado de la imprudencia diplomática de las dos partes”.⁹⁸

5. *El problema de determinar el grado de un plan general en la política hitleriana, según las interpretaciones de Bell y H. W. Koch*

La situación que se había creado como consecuencia del Tratado de Versalles de 1919 hacía posible el desencadenamiento de una guerra; pero según la interpretación de Bell, dicho Tratado no la hacía seguramente inevitable. Si la crisis de 1930 pudo ser un efecto del Tratado de Versalles, lo considera al máximo como una explicación parcial del desencadenamiento de la guerra, enfatizando sobre todo la gran depresión económica de 1929-1933, que destruyó el sistema monetario y suscitó una rebelión en contra del orden existente, provocando así un clima favorable a los designios de Hitler (por ejemplo, la desocupación causa un incremento de miembros del partido hitleriano). “Es precisamente esta depresión la que llevó a Hitler al poder en Alemania. Es también la causa del aislacionismo estadounidense, así como del debilitamiento y división de Francia e Inglaterra, que crean pues las condiciones favorables para una política audaz y agresiva por parte de Alemania”.⁹⁹

En cuanto al problema de saber si se puede considerar que Hitler fue la causa de la Segunda Guerra, Bell nos hace notar en primer lugar que la política armamentista de Hitler había sido seguida anteriormente por todos los gobiernos de Weimar, los cuales nunca se habían preocupado por respetar las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles, y que sobre este preciso punto Hitler habría, desde principios de 1936, solamente renunciado a disimular la militarización del país.¹⁰⁰

98 *Idem*, p. 219. Esta interpretación de Taylor está lejos de ser compartida por Beaumont para quien “los orígenes de la guerra de 1939... se remontan esencialmente a los insaciables apetitos de Adolf Hitler”, Beaumont, *op. cit.*, p. 13. Uno de los más grandes y virulentos adversarios de las tesis de A. J. P. Taylor, es sin duda el historiador Hugh R. Trevor-Roper quien nunca dudó de tildarlo de un pseudo-historiador dilerante. Ver Trevor-Roper, Hugh R., “Hitler’s Plan for War Reaffirmed”, *The Outbreak of the Second World War: Design or Blunder*, Boston, D.C. Heath and Company, 1962, pp. 88-97.

99 Bell, P. M. H., “Hitler et les origines de la Seconde Guerre Mondiale” (ensayo analítico), *Revue d’Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, 17e. année, núm. 67, 1967, p. 7. Ver también pp. 2-4. El motivo que da M. H. Bell para rechazar la tesis, según la cual el Tratado de Versalles habría hecho inevitable la Segunda Guerra, consiste en el hecho de que dicho concepto puede implicar al máximo que poco importaba que fuera Hitler o cualquier otro quien ocupara el poder en 1933.

100 *Idem*, p. 8.

Además el historiador Bell está de acuerdo con Taylor en rechazar la tesis según la cual la política de Hitler seguía un programa metódico y un plan operacional de agresión, ya que es claro según Bell, que Hitler no preveía que la guerra con Polonia hubiera podido extenderse a las potencias occidentales; él esperaba que pudiera quedar “regionalizada”.¹⁰¹ Por el contrario, Bell considera que la razón alegada por Taylor sobre la situación militar de Alemania, como “prueba decisiva” para demostrar que Hitler no había ideado un programa de guerra general es, en realidad, “sólo una de esas afirmaciones temerarias que disminuyen la importancia de su obra”.¹⁰² Esta observación a la tesis de Taylor es formulada con base en los eventos de 1939-1941 que demostraron que Alemania era muy capaz de enfrentarse a una serie de guerras cortas y que aun en la guerra con Rusia en 1941 tuvo grandes probabilidades de salir victoriosa.

En definitiva Bell, aun admitiendo que Hitler no había “programado” la guerra que emprendió en 1939, y aunque reconoce que las potencias occidentales fueron partícipes del desencadenamiento de la misma (también Estados Unidos, por no haberse abstenido), no comparte la opinión de quienes sostienen que todo esto puede disminuir “considerablemente” la responsabilidad de Hitler.¹⁰³

Con el fin de saber si Hitler siguió un programa premeditado, H. W. Koch analiza en primer lugar el famoso capítulo XIV de *Mein Kampf* sobre política exterior: “Orientación hacia el Este o política del Este”, y se pregunta hasta qué punto las acciones de Hitler entre 1933 y 1939 están en conformidad con el supuesto programa establecido en la obra mencionada.¹⁰⁴

Si se relaciona el contenido de las ideas escritas en *Mein Kampf* con los eventos de 1939, es virtualmente imposible, según Koch, concluir que Hitler en 1939 había premeditado la conquista de Europa o del mundo entero de acuerdo con los postulados de 1924; pero no por ello habría que deducir que Hitler había dejado a un lado sus premisas darwinianas o renunciado a dar a Alemania un mayor *Lebensraum*.¹⁰⁵

En cuanto al Memorándum Hossbach, del 10 de noviembre de 1937, Koch nos dice que es interesante señalar que el logro de un espacio vital

101 *Idem*, p. 10.

102 *Idem*, p. 11.

103 *Idem*, p. 102.

104 Koch, H. W., “Hitler and the Origins of the Second World War; Second thoughts on the Status of some of the Documents”, *The Origins of the Second World War, Historical Interpretations*, Londres, edited by E. M. Robertson, 1971, pp. 160-163.

105 *Idem*, pp. 164-168.

en Rusia, que constituye el tema principal de política exterior en *Mein Kampf*, no haya sido mencionado para nada en el Memorándum, y por otra parte, Koch nos hace observar que Hossbach declaró bajo juramento que no había levantado ninguna acta durante la Conferencia, sino que escribió algunas anotaciones, varios días después, con base en sus recuerdos y de acuerdo con su conciencia.¹⁰⁶

Pero el problema del Memorándum Hossbach se complica aún más si se observa, más de cerca y con mayor atención la historia que siguió a dicho documento desde su origen hasta el momento en que llegó al Tribunal de Nuremberg, ya que está probado que el Memorándum, tal como fue presentado ante el Tribunal no era más que una copia hecha de otra copia, dado que el original, así como la primera de las copias, se habían perdido; “...su valor como ‘testamento’ de Hitler y como testimonio de su política futura son fuertemente discutibles”.¹⁰⁷

Koch comparte la opinión de Taylor en cuanto que también para él, Hitler hasta 1939 se contentaba con aprovechar las oportunidades que se le presentaban, y que sus decisiones se precisaban a medida que se producían los eventos: si alguna vez tuvo un plan, éste no se encuentra ni en *Mein Kampf*, ni en el Memorándum Hossbach.

Por otra parte, Koch opina que las acciones de Hitler durante el verano de 1939, formaban parte de la política que seguía a través de su “guerra de nervios”; y más aún, estaba convencido de que el Tratado ruso-alemán de No Agresión habría tenido como efecto obligar a Polonia a ceder el Dantzig, o bien el efecto de convencer a Gran Bretaña acerca de la imposibilidad práctica de ofrecer su apoyo a los polacos. Hitler no podía imaginar que la garantía británica ofrecida a Polonia podía ser otra cosa más que un gesto irrealizable, ya que después de todo, si Inglaterra prestaba asistencia a su aliado, corría el riesgo de comprometerse en una guerra no solamente con Alemania sino también con Rusia. “Su error fue el de no creer que Gran Bretaña pudiera tomar una actitud tan irrea-lista”.¹⁰⁸

6. Conclusión

A guisa de conclusión, nos limitaremos a hacer algunas observaciones sobre la actividad historiográfica en el ámbito del análisis de los orígenes de las guerras mundiales.

106 *Idem*, pp. 168 y 169.

107 *Idem*, p. 170.

108 *Idem*, pp. 181 y 182.

Parece ser que el hecho de no poder encontrar entre los historiadores una completa convergencia de opiniones acerca de la interpretación de los orígenes de la Primera y la Segunda Guerra, es en parte consecuencia del hecho de que no se basan sobre las mismas fuentes de información y, sobre todo, si se toma en cuenta la regla imperante de treinta o cincuenta años como lapso para tener acceso a los archivos; este aspecto del problema no se refiere a otra cosa que a aquello que se conoce bajo la expresión del “estado *lacunaire* de toda documentación”.

Por otra parte, las diferentes presentaciones que se hacen de un mismo evento, a partir del análisis de las causas históricas, es también consecuencia del hecho de que, el punto de vista elegido y el contexto en el cual se sitúa un determinado documento, no es siempre el mismo punto de vista y el mismo contexto elegido por otro historiador, lo que da como resultado que frecuentemente las interpretaciones sean opuestas y divergentes en todo punto.

El examen que tratamos de realizar con base en la contraposición de ciertas tesis —entre las que nos parecieron particularmente más significativas— sobre los orígenes de las guerras mundiales, nos demuestra que un determinado evento histórico puede derivar de una sola y única serie de causas; sin embargo, esta afirmación no implica que en el estudio de las causas inmediatas una determinada interpretación pueda pretender el mismo grado de validez que cualquiera otra interpretación; pero, en cambio, es claro que el conjunto de interpretaciones nos permiten alcanzar una mejor comprensión del problema.

A la luz de las consideraciones precedentes y de la presentación de las diferentes tesis sobre los orígenes de la Primera y de la Segunda Guerra, parece exacto poder sostener la concepción según la cual la “verdad histórica” se entiende siempre como verdad *provisoria*, cuyo carácter también puede aplicarse a la noción de “verdad científica”, pero con una diferencia sustancial:

La ciencia es inconclusa porque jamás totaliza y la historia es inconclusa porque sus totales están sujetos a revisión por error y omisión..., afirmar que Sócrates o Jesús existieron y que no son mitos, es realmente decir que existieron: la afirmación debe tomarse al pie de la letra y no queda nada más por saber; puede revelarse falsa un día y todo proceso histórico queda siempre sujeto a revisión...¹⁰⁹

109 Veyne, Paul, *Comment on écrit l'histoire*, Essai d'Épistémologie, París, Editions du Seuil, 1971, pp. 310 y 311.
DR. © 1999
Instituto de Investigaciones Jurídicas - Universidad Nacional Autónoma de México

IV. BIBLIOGRAFÍA

- ARON, Raymond, *Introduction a la Philosophie de l'Histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, 5a. ed., París, Librairie Gallimard, 1948, 354 pp. (Bibliothèque des Idées).
- BEAUMONT, Maurice, *Les origines de la Deuxième Guerre Mondiale*, París, Payot, 1969, 364 pp. (Études et Documents Payot).
- BELL, P. M. H., "Hitler et les origines de la Seconde Guerre Mondiale" (Essai analytique), *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, 17e. année, núm. 67, 1967.
- DUROSELLE, J. B., *Histoire Diplomatique de 1919 a nous jours*, 5a. ed., París, Dalloz, 1971, 808 pp. (Études Politiques, Economiques et Sociales).
- FAY, Sidney Bradshaw, *Les origines de la Guerre Mondiale*, trad. Charles Jacob, París, Editions Rieder, 1930, 2 vols. (Manuels d'Histoire Moderne).
- FISCHER, Fritz, *Les Buts de Guerre de l'Allemagne Imperial 1914-1918*, trad. G. Migeon et H. Thies, prof. J. Droz, París, Ed. de Trévisé, 1970, 654 pp.
- GILBERT, Martin, WEINDDENFOLD and NICOLSON, *First World War Atlas*, Londres, 1970.
- KOCH, H. W., "Hitler and the Origins of the Second World War: Second thoughts on the Status of some of the Documents", *The Origins of the Second World War*, Londres, Edited by E. M. Robertson, Macmillan and Co., 1971.
- PERELMAN, Chaim, "L'objectivité et intelligibilité dans la connaissance historique", *Raisonnement et Démarches de l'Historien*, Travaux du Centre National de Recherches de Lofigue, 1963.
- RENOUVIN, Pierre, *La Crise Européenne et la Première Guerre Mondiale*, 4a. ed., París, Presses Universitaires, 1962, 780 pp. (Peuples et Civilisations, XIX).
- _____, *Les origines immédiates de la Guerre —28 junio-4 août 1914—*, 2a. ed., París, Alfred Costes Editeur, 1927, 326 pp.
- _____, "Les origines de la Guerre de 1914", *Le Monde*, 29-VII-1964 et 30-VII-1964.
- STEINERT, Marlis G., *Les origines de la Seconde Guerre Mondiale*, Francia, Presses Universitaires, 1974, 136 pp. (Documents Histoire, 8).

- TAYLOR, A. J. P., *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918*, Oxford University Press, 1957, 638 pp.
- The Origins of the Second World War*, Londres, Hamish Hamilton, 1961, 269 pp.
- VEYNE, Paul, *Comment on écrit l'histoire, Essai d'Epistemologie*, París, Editions du Seuil, 1971, 350 pp.
- WEGERER, Alfred de, *The Origins of World War II, A Brief Survey the Beginnings of the Present War, on the Basis of Official Documents*, Nueva York, Published by Richard R. Smith, 1941, 128 pp.